

A LOS PIES DE UNA CEIBA

DANIEL ATIK

A LOS PIES DE UNA CEIBA

Daniel Atik

Primera edición: agosto, 2020

Segunda edición, enero, 2024

Autor: Daniel Atik

Editor: Jaime Troncoso Ubilla

© Daniel Atik, 2020

www.danielatik.com

© Cubierta: Pintura en acrílico sobre tela 40 x 30 cm.

“Ceiba” de [Eileen Lunecke](#).

ISBN: 978-956-401-976-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Índice

Dedicatoria	5
Prólogo	6
El fin del inicio	7
Barcelona, los primeros años	40
Regreso a Malabo	67
Las Palmas de Gran Canaria	95
Pato	102
Madrid	114
Regreso a Barcelona	124
Curro y las niñas	136
A los pies de una ceiba	163

Dedicatoria

Gracias a mi madre Mercedes y a mi abuela Pilar, allá donde estén, por cuidar de mí siempre y acompañar mi camino.

Prólogo

Lo que a continuación leerán, es parte de una historia que, a su vez, conforma parte de mi vida, que marcó lo que soy.

Trata sobre mi aventurera madre, de carácter dulce y fuerte, independiente, emprendedora y de enérgicas convicciones. Es un relato de viajes, coincidencias y contrastes. Una de esas historias increíbles que suceden muy de vez en cuando.

El fin del inicio

Merche se asomaba por la ventana con impaciencia creciente, mientras terminaba de preparar su maleta de viaje para su luna de miel.

—¡Ahí viene! —gritó mientras veía cómo se acercaba el Mercedes modelo 220 negro del 65. Bajó rápidamente por las escaleras mientras su madre, Pilar, le decía:

—Ve con cuidado y... ¡no tardes!, que mañana tienes que madrugar.

Merche corrió por el largo pasillo que daba a Avenida Libertad, y allá estaba Juan Secín, uno de sus mejores amigos de la infancia, saliendo del coche que le había regalado su padre, junto con Manel, su prometido, con el que se iba a casar a la mañana siguiente. Abrazó a Juan, le dio dos besos; se acercó a Manel y le asestó una suave

cachetada con la punta de los dedos de su mano derecha. Hubo un instante de silencio mientras Merche miraba seria y fijamente a los ojos de Manel. Pasado ese incómodo momento, ella sonrió levemente y acto seguido lanzó una carcajada.

—Seguro que llegáis tarde por culpa de Manel, que siempre hace esperar a todos —dijo Merche de forma irónica y con cara sonriente.

Juan miró a Manel y respondió:

—Sin comentarios, mejor comencemos cuanto antes — Juan sacó las flores blancas y los adornos del maletero. Entre los tres iban a adornar el coche para el recorrido de la novia al día siguiente hacia la iglesia.

De la nada, apareció Maricarmen, la hermana pequeña de Merche, que también vino a ayudar. Estaba algo triste, ya que con Merche casada, ella era la última de los cinco hermanos en dejar el hogar.

Entre los cuatro adornaron totalmente el coche para el evento que iba a tener lugar dentro de poco. Era la primera boda que iba a hacerse en la isla a tan temprana hora, a las nueve de la mañana, ya que su vuelo salía en dirección a Barcelona a las doce del mediodía para su luna de miel.

Ya estaba todo listo, hasta que a Merche se le ocurrió en el último momento que sería buena idea colocar unas latas atadas con cordeles en la parte trasera del coche, pero Manel le dijo que a él no le parecía.

—¿Para qué armar tanto alboroto?

Ello desencadenó una discusión que terminó con Manel y Merche gritándose improperios en medio de la calle, sin importar lo que la gente pudiese pensar, algo que había sido habitual en toda su relación. Pilar se asomó por la ventana alertada por el alboroto y les gritó a ambos:

—¡Merche!, ¡Manel!, ¡basta ya!, dejad de gritar como dos niños. Merche y Maricarmen, subid, que ya es tarde.

Con eso, cesó la pelea, al menos por un tiempo.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*

A las seis de la mañana del 12 de julio de 1967, Maricarmen se disponía a tomar una ducha, cuando Merche le dijo:

—Pero ¿para qué te vas a duchar, si la que se va a casar soy yo? Venga, de vuelta a la cama.

Y Maricarmen le respondió:

—Mejor, que tengo algo de fresco.

A los pocos minutos ya empezó un calor bochornoso, estaba nublado y las nubes venían cargadas de agua. A pesar de ello, se podía divisar el pico Basilé, antiguamente llamado Santa Isabel, que se encuentra a más de tres kilómetros de altura, uno de los tres volcanes de la isla de Bioko. De repente, surgían rayos de sol que calentaban la tierra, evaporando cualquier gota de agua acumulada por

el rocío de la mañana, dejando un fuerte olor a humedad en el ambiente.

Mercedes, o Merche como a ella le gustaba que la llamasen, tenía 20 años, era una joven que irradiaba felicidad y simpatía, menuda, de pelo largo de color castaño y unos grandes y lindos ojos verdes. Se acicalaba en su espacio sagrado, donde tenía un gran espejo rodeado de bombillas de luz cálida, como una actriz, y una mesa llena de todo tipo de cosméticos y utensilios para el maquillaje. Estaba nerviosa y le gritaba a su madre, Pilar, mientras se miraba en el espejo y se alargaba las pestañas.

—¡Mamá!, no encuentro el pintalabios rojo, ¿dónde lo dejaste?

—Merche vestía un vestido blanco, con una falda corta, casi minifalda.



Mi madre

Pilar se acercó y le dijo:

—Aquí está el pintalabios, lo tenías frente a ti.

De pronto, se oyeron unos pasos pesados en la escalera, alguien venía subiendo. Las puertas y ventanas, siempre protegidas con malla antimosquitos, se encontraban abiertas y todo se escuchaba. Unas carcajadas y olor a tabaco negro se adelantaron al toc toc en la puerta.

Se escuchó la voz de Pilar que decía:

—No, Manel, ¡no puedes entrar! —y es que Manel, el novio, junto con Juan, habían llegado para ver a la novia.

Merche, que escuchó todo el alboroto, gritó desde su habitación:

—¡Manel!, ¡no entres que me estoy cambiando y sabes que es de mala suerte ver a la novia antes de la boda!

Manel, que estaba con algunos tragos de más, insistió en ver a Merche, gritando:

—Quiero verla, ¡quiero verla!, déjame pasar.

Mientras, Juan intentaba impedirselo:

—Manel, ¡basta ya!, vámonos, déjala tranquila, nos vemos en unos minutos en la iglesia.

Hubo un silencio hasta que se abrió bruscamente la habitación donde se encontraba Merche. Manel quedó petrificado con la mano en la manilla de la puerta, mirando fijamente a los ojos de Merche, admirando lo guapa que estaba con su vestido blanco, ahí sentada en su altar. Un silencio ensordecedor se adueñó de la casa. Merche reaccionó a los pocos segundos tirándole el cepillo de pelo y dándole con gran puntería en la frente.

—Te dije que no entraras, ¡hasta cuándo!, vete inmediatamente de aquí. Juan, ¡llévatelo por favor! —y siguió tirándole todo lo que encontraba a mano, mientras continuaba sentada con las piernas cruzadas—. Vete,

ivete ya! — seguía insistiendo Merche mientras le saltaban las lágrimas de impotencia.

Juan, mucho más grande que Manel, consiguió reducirlo, no sin antes forcejear con él bajo la puerta de la habitación, abrazándolo y levantándolo del suelo.

—Lo siento, Merche —dijo Juan mientras lo mantenía inmovilizado—. Manel me dijo que no lo haría, que solamente quería estar cerca de ti. Me lo llevo, ¿vale?

Merche se calmó y asintió con la cabeza en silencio y resignada, con el rímel derramado por las lágrimas de impotencia.

—Llévatelo, nos vemos más tarde en la iglesia. Por favor, sumerge su cabeza en agua fría y que se serene. Gracias, Juan.

Así fue cómo Juan se llevó a Manel de la estancia, mientras Merche tomó una delicada toalla, limpió sus lágrimas y siguió acicalándose sin apenas moverse de su

posición inicial. En tanto, Pilar recogía las cosas esparcidas por el suelo, y sin mirarle a la cara le dijo:

—¿Estás segura, hija? Todavía estás a tiempo.

Merche respiró profundamente, con el lápiz de ojos en su mano derecha, como si fuera un pincel, se detuvo un instante y miró directamente a sus ojos a través del espejo, y no dijo nada, simplemente suspiró nuevamente y continuó arreglándose para el gran momento.

A los pocos minutos, Juan apareció por Avenida Libertad, con su coche negro totalmente decorado para la ocasión. Esta vez venía sin Manel y junto a él, sentado en la parte de atrás, el teniente coronel del Ejército del Aire José Francisco Altamira, con su uniforme blanco y con todas las condecoraciones posibles. Al no estar presente su padre, que se encontraba de viaje por trabajo, el teniente coronel fue el escogido por Merche para llevarla al altar.

Juan tocó la bocina para avisar de su llegada, pero Merche seguía encerrada en su habitación. Pilar, que se

percató que Juan ya estaba abajo esperando, le gritó a Merche: “Ya llegaron, ¿vamos?”, pero Merche no respondía. Pilar prefirió respetar su silencio y bajó a avisar a Juan y al teniente coronel que Merche bajaría en cuanto estuviese lista. El problema es que ya iban con algo de retraso y si se atrasaban más, podría ser que no llegasen a tomar el avión para su luna de miel. En aquella época salía un único vuelo semanal desde la isla a la península.

Pilar ya se había vestido, iba toda de negro con una gran peineta. Ni ella ni su marido aprobaban ese matrimonio, pero Merche iba a hacer lo que ella quisiera, era testaruda como una mula, y a pesar de las habituales peleas que mantenía con Manel, ambos se amaban con fuerza.

El papá de Merche dio como excusa que tenía unos negocios importantes que resolver en Barcelona y se llevó con él a su otro hermano, a Miguel. Aparte de Maricarmen, el resto de hermanos tampoco pudo asistir a la boda. Su hermana Pili estaba embarazada, y se quedó en Argenton con su marido Ramón. Su otro hermano

mayor, Rosen, se había ido a vivir hacía unos años a Brasil. Él era arquitecto, y se había hecho cura, así que se encontraba ocupado construyendo su propia iglesia y, por último, su hermana María Elena se había casado hacía muy poco tiempo con un venezolano y se había ido a vivir con él a Barquisimeto.



Tía Maricarmen, abuela Pilar, mi madre y tía Pili

Por tanto, los invitados del matrimonio eran más bien amigos de Merche y Manel y algunos pocos amigos de la familia. A la boda asistió también uno de los mejores

amigos de Manel, se trataba de Capuchino, quien llamaba cariñosamente Parra a Manel. También los padres de Manel y sus tres hermanos, entre ellos Maite, que quería mucho a Merche.

Al cabo de media hora, Merche se asomó por la ventana del primer piso.

—¡Ya bajo! —dijo con una gran sonrisa y totalmente entusiasmada, como si nunca hubiese pasado nada. Se iba a casar, a pesar de todo.

Merche era como una muñeca, muy independiente y con gran fuerza, carisma y coraje. Había nacido en la isla de Bioko y se había criado viajando entre Malabo (capital de Guinea Ecuatorial), Las Palmas de Gran Canaria, Barcelona y El Líbano, de donde era originario su padre, Ritz-Ala Atik, un comerciante que había conocido a su esposa en Las Palmas de Gran Canaria. Por cierto, eso fue gracias a la madre de Juan Secín, quien les presentó. En ese momento, la isla era una provincia más de España, aunque se avecinaba un gran cambio.

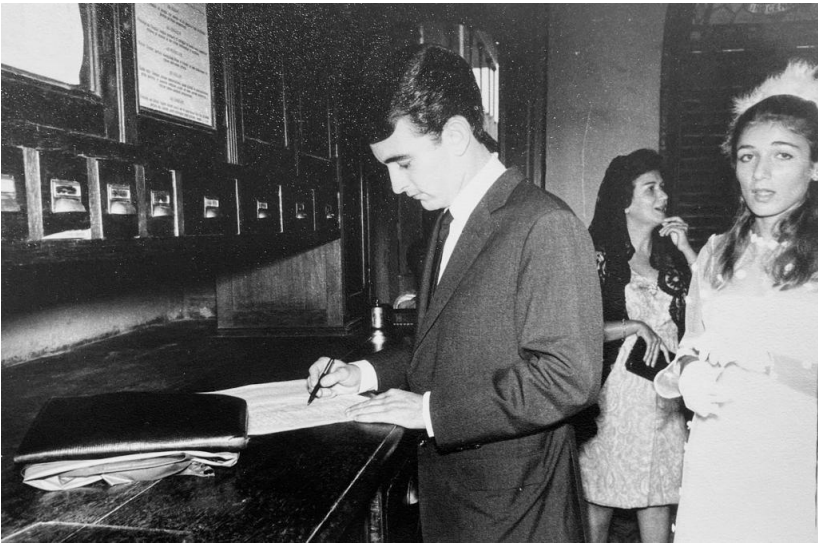
Por otro lado, Manel era nacido en Reus, Tarragona, de padre militar, comandante y piloto del Ejército del Aire, y de madre con grandes dotes para la pintura. Estaba destinado hacía varios años en la isla y trabajaba para el Ejército del Aire en el equipo de mantenimiento de equipamiento electrónico. Era un apuesto joven, muy sociable y carismático, buena persona, amigo de sus amigos, pero la bebida y los celos lo tenían sumido en un pozo. Temía que su amada pudiese mirar a otro, así que decidió pedirle matrimonio para comprometerla, pero Merche era un ser libre y él difícilmente podía soportarlo. La verdad es que Manel siempre sintió que no estaba a la altura de Merche y cuando veía cómo ella se relacionaba con otras personas no podía dejar de pensar en que podía perderla en cualquier momento por su inseguridad.

Finalmente, se casaron en la catedral de Santa Isabel, de arquitectura neogótica que había terminado de construirse en 1916. A pesar de la seriedad de algunos de los asistentes, inclusive del propio Manel, que se sentía fatal después del mal rato que había hecho pasar, Merche

se encontraba feliz y su sonrisa y jovialidad contagió a todos.

La boda fue la más breve de la historia de Malabo, ya que por las prisas del viaje no tardaron más de 15 minutos en la iglesia y cuando terminaron fueron directo a cambiarse y al aeropuerto para salir en su vuelo de las doce para su luna de miel en España.





Pasaron unos días en un hotel en Barcelona, aprovecharon de ir a tiendas y pasear por la gran ciudad y de ahí continuaron sus vacaciones por las diferentes playas del Maresme: Caldetas, Arenys de Mar, Canet, Calella y Pineda de Mar. Pasaron unos días maravillosos, donde conectaron entre ellos y se conocieron mejor, ya que hasta el momento no habían tenido la oportunidad de convivir, así que pudieron descubrirse, y sobre todo hacerlo sin amigos ni familiares a su alrededor, ya que en su vida en Malabo, la ciudad era tan pequeña que todos se conocían y todo se sabía. Despertaban tarde, desayunaban en la cama y salían a tomar el sol en las amplias playas de arena blanca de la zona. Comían en algún restaurante y regresaban al hotel para vestirse con sus mejores galas y salir a pasear por los turísticos pueblos donde se hospedaron. En agosto, España se paralizaba y todos salían de vacaciones el mes completo, así que los lugares que visitaron estaban orientados cien por ciento al turista local, y Manel y Merche aprovecharon al máximo esa independencia y el disfrute de esos días.

Pasó volando el mes que se tomaron para su luna de miel y fue momento de regresar a Malabo. Una vez en la capital de Guinea Ecuatorial y durante los meses siguientes, se fueron a vivir juntos a un piso cerca de la casa donde había vivido Merche desde que nació, en la misma Avenida Libertad. Sin embargo, corrían tiempos difíciles en Guinea. En marzo de 1968, España se había visto presionada para otorgar la independencia al territorio guineano y en enero de 1969 se eligió nuevo presidente. Se trataba de Macías Nguema, que suscitó una serie de eventos que desembocaron en una ola de indignación antiespañola, lo que provocó finalmente la expulsión de la comunidad del país, declarando como personas *non gratas* a los españoles y a la gran mayoría de los extranjeros que allí vivían.

Se avecinaba una situación totalmente inesperada, era momento de abandonar la isla. Primero lo hicieron las tropas españolas, entre ellos los padres de Manel, que regresaron a su ciudad natal, Reus, en Tarragona.

Merche se negaba totalmente a dejar todo por lo que había luchado su padre; la famosa tienda llamada La Condal, las propiedades y la pequeña finca de cacao que tenían en medio de la selva en la isla. A eso se sumaba el personal que trabajaba con ellos. Así que ella se quedó a cargo mientras sus padres regresaron a Barcelona.

El día a día se hacía cada vez más difícil y peligroso. Además Manel, que veía de forma más crítica y realista la situación, insistía en dejar todo y viajar de regreso a España.

En una oportunidad Merche estaba en la tienda y entraron unos simpatizantes del nuevo presidente, de la etnia fang. Eran cuatro, y tres de ellos bloquearon la entrada, echando a todos los clientes del interior. Uno de ellos se acercó a Merche, que se encontraba como habitualmente en la caja, y le dijo en pamue, de forma agresiva y con voz intimidante:

—Tú no perteneces a aquí, debes irte como lo hicieron los tuyos. Esto nunca fue vuestro, lo tuyo ahora es nuestro y nada podrás hacer.

Merche, que entendía algo tanto de bubi como de fang, le dijo gritando:

—No os tengo miedo, esto es de mi padre y de mi familia, y vamos a continuar aquí. ¡Fuera!, ¡Marchaos! —les encaró saliendo de detrás del mostrador. Merche, que era mucho más bajita que los cuatro que irrumpieron en su local, se acercó al que parecía ser el líder y le dijo mirándole fijamente a sus ojos—: Sal inmediatamente de mi tienda, esto es mío y no me lo vais a quitar.

Manel, que yacía durmiendo en el piso de arriba, se despertó de su siesta debido a los gritos, y bajó corriendo con lo puesto y descalzo. La escena no era muy tranquilizante. Merche encarando a uno de los cuatro intimidantes fangs, sola en la tienda. Manel, que estaba acostumbrado a las peleas de bar, se fijó bien en cada uno de ellos. Dos de los que se encontraban en la puerta

andaban con sendos machetes, grandes cuchillos típicos de la zona, usados principalmente para cortar la tupida maleza de la selva. Manel, dijo en voz alta:

—¿Qué está pasando aquí?, Merche, ponte detrás del mostrador, ¡vosotros! —dirigiéndose a los que se encontraban en las puertas—, salid inmediatamente de aquí si no queréis terminar mal. ¡Fuera!, ¡fuera! *¡I go beat you! ¡I go beat you!* [os voy a pegar, os voy a pegar] —gritó en pichinglis, un dialecto entre español e inglés típico de la zona.

Uno de los cuatro hombres empezó a tirar al suelo las telas que había sobre unas estanterías, mientras sujetaba con fuerza y desafiante su machete. Los otros tres dirigieron su atención directamente a Manel.

En ese momento entró Toni, un primo de Merche, también de origen libanés y que había vivido toda su vida en Malabo. Toni les gritó hablando fang:

—Salid de aquí y dejadnos en paz —hubo un instante de silencio, los hombres se miraron y sin mediar palabra, decidieron salir por donde habían entrado, no sin dejar un mensaje antes de irse:

—¡Fuera! No os queremos en nuestro país. Esto nos pertenece.

En ese momento la situación en la isla se ponía peor, y muchos extranjeros se vieron en situaciones de peligro, sus casas y propiedades las quemaron, y fueron amedrentados por grupos radicales que les invitaban agresivamente a salir del país.

Así fue como el 5 de abril de 1969, después de haber hecho las maletas con lo justo, zarparon en el barco que se llevaría a los últimos extranjeros que aguantaron en Malabo hasta el final. No hubo más tregua, y solo unos pocos extranjeros se quedaron en la isla, como Toni, el primo de Merche, que ese día les acompañó hasta el puerto para despedirse y fundirse en un gran abrazo sin

saber qué les iba a deparar el futuro y si iban a volver a verse.

Merche y Manel decidieron ir a vivir a Barcelona, para estar cerca de los padres de ella. Alquilaron un piso cerca de la Sagrada Familia, mientras Pilar y Ritz-Ala se quedarían en un piso en la avenida República Argentina de la ciudad Condal con su hija más pequeña, Maricarmen.

A pesar de haber tenido que dejar la isla, su nueva vida en Barcelona les tenía entusiasmados. Las primeras semanas ambos estaban muy cariñosos recordando su luna de miel, se avecinaban nuevos desafíos y una nueva vida. Salían a pasear por la ciudad, a los parques, a cenar por el barrio gótico, en especial a un restaurante gallego que les encantaba donde hacían un fantástico pulpo a la gallega y tenían un rico vino Ribeiro. La vida en Barcelona era muy diferente a la de Malabo, poder ir de tiendas, a los cafés, a los bares de tapas y especialmente ir al cine con pantalla grande era algo que disfrutaban mucho juntos. A Merche

le encantaba salir a pasear por Passeig de Gràcia e ir al Drugstore a recorrer sus pasillos llenos de tiendas.

También le encantaba a Merche entrar a las tiendas donde su padre compraba las telas y la ropa que después vendía en Malabo, una de ellas era Ribes y Casals, en la calle Roger de Llúria. Lo hacía simplemente para recordar a su padre comprando y negociando con los fabricantes y proveedores cuando ella era una niña. Ese olor característico de los rollos de tela y tocar sus texturas era algo que le fascinaba. Estar ahí la transportaba al pasado. Podía estar a veces unos minutos sola, caminando y dejando pasar su mano por cada uno de los rollos, acariciándolos y conectándose con aquellos momentos. Lo entretenido de todo ese proceso era recordar cómo su padre tenía buen ojo para los negocios, y ver cómo aquello que compraba en Barcelona, después se vendía como pan caliente en la isla. Tiempos que no volverían a repetirse. Ahora todos debían reinventarse y ver cómo continuar sus vidas en Barcelona.

Pasados unos meses, Merche quedó embarazada, algo que no esperaban en ese momento. Seguía echando de menos su vida en Malabo y no tuvo un embarazo fácil y, por otro lado, Manel no encontraba trabajo y continuó bebiendo a escondidas. Esto provocó que Merche estuviese más susceptible y de peor humor que lo normal, generando el retorno de los desencuentros y dando muestras de una relación que empezaba a deteriorarse.

Las semanas transcurrían y el matrimonio discutía cada vez más. A Merche ya se le notaba el embarazo, un día Manel llegó del bar de la esquina con tragos de más y Merche explotó.

—¡No puede ser que te pases el día bebiendo sin nada que hacer! ¡Esto no es lo que quiero para nuestra vida! —dijo ella.

—Pero Merche, tranquila, voy a encontrar pronto trabajo y todo va a cambiar —dijo medio ebrio Manel.

—Esto es lo que me llevas prometiendo desde que llegamos de Malabo. Yo quiero a un hombre que me quiera, que me cuide, un hombre de verdad que no se pase el día lamentándose detrás del alcohol —se alteró tanto, que se acercó a Manel y le asestó una tremenda bofetada, que Manel no dudó en responder tirándola al suelo de un solo golpe. Eso que ya se había convertido en una costumbre en las últimas semanas, no la doblegó.

Merche se levantó y le atinó varios golpes con los puños cerrados en su pecho, dio un paso hacia atrás y empezó a tomar todo lo que se encontraba a su alcance y se lo tiró con fuerza; un jarrón, libros, revistas, sillas, mientras Manel se le acercaba, la golpeaba y movía todos los muebles de las diferentes estancias. Cuando llegaron a la cocina, se tiraron todo el menaje que encontraban a su paso. Ella tomó un tenedor con el puño y quiso clavárselo, pero él detuvo el movimiento atrapando su antebrazo y bloqueándola, hasta que ella le pegó un rodillazo en sus partes que le hizo doblegarse. En ese momento, ella pudo tomar aire y mantuvo una distancia de seguridad por unos segundos, pero Manel se levantó con más fuerza y

consiguió acercarse lo suficiente hasta atinarle una bofetada que la dejó en el suelo sin apenas poderse mover. Sin decir nada, la dejó en el suelo y se fue, cerrando la puerta del piso con un gran portazo que hizo retumbar todo el edificio.

Manel bajó de nuevo al bar de la esquina, donde ya era conocido y donde le ponían un chupito de Anís del Mono solamente aparecer por la puerta. Estaba enfurecido, fuera de sí. Tomó varias copas, embriagándose más todavía, era la única forma de poder tomar valor y volver a hablar con Merche.

Pasados unos minutos, Manel le hizo una señal a la barman guiñándole el ojo, como diciéndole “anótamelo en la cuenta”, y volvió a subir al piso donde se encontraba Merche. Cuando iba por el segundo piso empezó a notar un fuerte olor a gas en la escalera del edificio. Cuando entró al piso, Merche ya no estaba en el suelo del salón.

—¿Merche?, Merche, ¿dónde estás? —él la buscaba caminando torpemente por el piso, tropezando con todo a

su paso, pero no la encontraba, no estaba en el salón, ni en la habitación, ni en el baño. El olor a gas era insoportable, así que fue a la cocina y se encontró a Merche en el suelo con la cabeza casi dentro del horno, con los ojos abiertos, totalmente inmóvil. Fue en ese momento que él lo supo. Merche se había quitado la vida.

Manel salió despavorido del piso, dejando la puerta abierta, salió corriendo del edificio, primero hacia la derecha, después hacia la izquierda. Se dirigió directo a la oficina donde trabajaba Ramón, que se encontraba a pocas manzanas de donde vivían. Ramón era el marido de la hermana mayor de Merche, Pili, que vivía también en Barcelona. Entró a la oficina gritando: “La he matado, ¡la he matado!”.

Ramón, que no sabía de lo que le estaba hablando, notó la gran alteración y el estado etílico de Manel, e hizo que se sentara y que tomara aire.

—¿Qué pasó, Manel?, ¿qué has hecho?

Manel le contó que había discutido con Merche y que ella se había suicidado por su culpa.

Ramón no se lo pensó un instante y salió raudo hacia el piso donde se encontraba Merche, dejando a Manel solo en la oficina, apoyado en la pared con la mirada perdida.

Cuando llegó Ramón, se encontró la puerta del piso entreabierta, con un fuerte olor a gas por todas partes. Al intentar abrir la puerta, una silla tirada en el suelo le impedía el paso. El salón parecía un campo de batalla, todo estaba por el suelo, los cuadros rasgados, hasta pudo vislumbrar un gran cuchillo de cocina clavado en una de las puertas del salón. Claramente, se esperaba lo peor.

Se dirigió a la cocina y todo estaba patas arriba, pero Merche no estaba ahí. Efectivamente la llave del gas de la cocina estaba abierta, así que se acercó como pudo y cerró la llave. Empezó a buscarla por todas partes.

—Merche, ¡Merche!, *sóc en* Ramón —dijo en catalán, pero Merche no respondía. Hasta que la encontró, sentada en

la pequeña terraza, en calma total, con una leve sonrisa en su cara e ironía en sus palabras.

—Hola, Ramón, ¿cómo estás?, ¿cómo está Manel?

Este hecho marcó un antes y un después en la relación entre Manel y Merche, que se volvió totalmente fría y distante, pero debido al estado de embarazo de Merche y para evitar cualquier problema, los padres de Manel promovieron que se fueran a vivir con ellos a Reus para que naciera su hijo, al que llamaron Daniel.

Y sí, ese soy yo, nací fruto del amor, la pasión, así como también de la frustración y del choque de caracteres y personalidades de mis padres.

Esto sucedió en el hospital Sant Joan de Reus el 12 de febrero de 1970. En aquel momento, era uno de los más modernos de España. La cuna, adherida a la pared, podía rotar a través de esta y pasar de la habitación, junto a la madre, a la sala de pediatría, donde se encontraban los demás bebés.



Estuvimos unos meses viviendo en Reus, pero las discusiones continuaban y un día Merche apareció conmigo en casa de sus padres.

—Ya no puedo más —les dijo, pero a los pocos días volvió a Reus con Manel.

Mientras tanto, los padres de Manel y sus hermanos, que querían mucho a Merche, intentaron por todos los medios posibles que tanto ella como yo estuviésemos bien y no nos faltara de nada, pero Merche después de otra discusión con Manel, regresó de nuevo a Barcelona con sus padres. En ese momento fue cuando Ritz-Ala le dijo:

—Si vuelves a Reus con Manel, no podrás entrar de nuevo en esta casa. Esta relación no os está haciendo bien a ninguno de los dos, y el más perjudicado va a ser Dani. No lo voy a repetir dos veces. Regresa con Manel si quieres, pero si peleas con él, no vuelvas nunca a esta casa, nunca más estará abierta para ti o tu hijo. Merche recibió un remezón que le hizo tomar una decisión. Se comunicó con Manel por teléfono y le dijo:

—Hasta aquí llegamos, me quedaré con Dani en Barcelona, en casa de mis padres. No quiero verte nunca

más y no quiero que nunca más veas a Daniel. No podemos continuar así.

Manel viajó a Barcelona y se pasó días enteros en la puerta del piso donde se encontraba Merche esperando que ella abriese la puerta y poder convencerla de regresar. Transcurrieron unas semanas hasta que se rindió y regresó a Reus. Así, Merche terminó con Manel para siempre y continuó su vida dedicada a Daniel.

Barcelona, los primeros años

Corría el año 1974. Merche estaba en clase de taekwondo. Vestía un kimono blanco y lucía orgullosa un cinturón blanco. En la clase era la única mujer y se notaba que estaba en forma. Bajita, delgada pero voluptuosa, llevaba el pelo corto, como terminó siendo su costumbre. El profesor era un surcoreano radicado en Barcelona famoso por ser muy duro y estricto en sus clases, y eso era lo que le gustaba más a Merche. Se había apuntado porque un hombre asaltó a su hermana saliendo del hueco de la escalera en el mismo edificio donde vivían.

La pequeña escuela de taekwondo estaba en una de las calles colindantes a la plaza Lesseps de la ciudad Condal, cuando esta era de tierra y habían frondosos árboles a su alrededor. Ese día tocaba practicar patadas. Merche, que era muy aplicada, se concentraba en dar sus mejores golpes a sus contrincantes.

Ella sentía gran admiración por su profesor y maestro. Él era un hombre bajito, musculoso, serio y callado, que gesticulaba y daba las indicaciones con movimientos bruscos con sus brazos, manos y piernas. El profesor terminó la sesión explicando lo que practicarían en la próxima clase. Se acercó al saco, lo tocó y luego se alejó unos cuantos pasos teniéndolo en la mira con cara de máxima concentración. Se detuvo, respiró profundamente y pasados unos segundos se precipitó a gran velocidad hacia el saco, pegando un salto de más de dos metros que impactó con una gran patada en conjunto con un grito de kiiiiiiáá, que ocasionó un estruendoso ruido debido al contacto de su pie con el saco que casi arranca de cuajo del techo para, finalmente, caer como una pluma en el suelo.

Todos quedaron enmudecidos, pero a Merche le brillaban esos ojitos verdes con cara de asombro y exclamó en silencio un woowooow. Ella quería lograr ese nivel, quería saberlo todo sobre el taekwondo y quería saberlo ya, pero entendía también que era un camino que debía hacer.

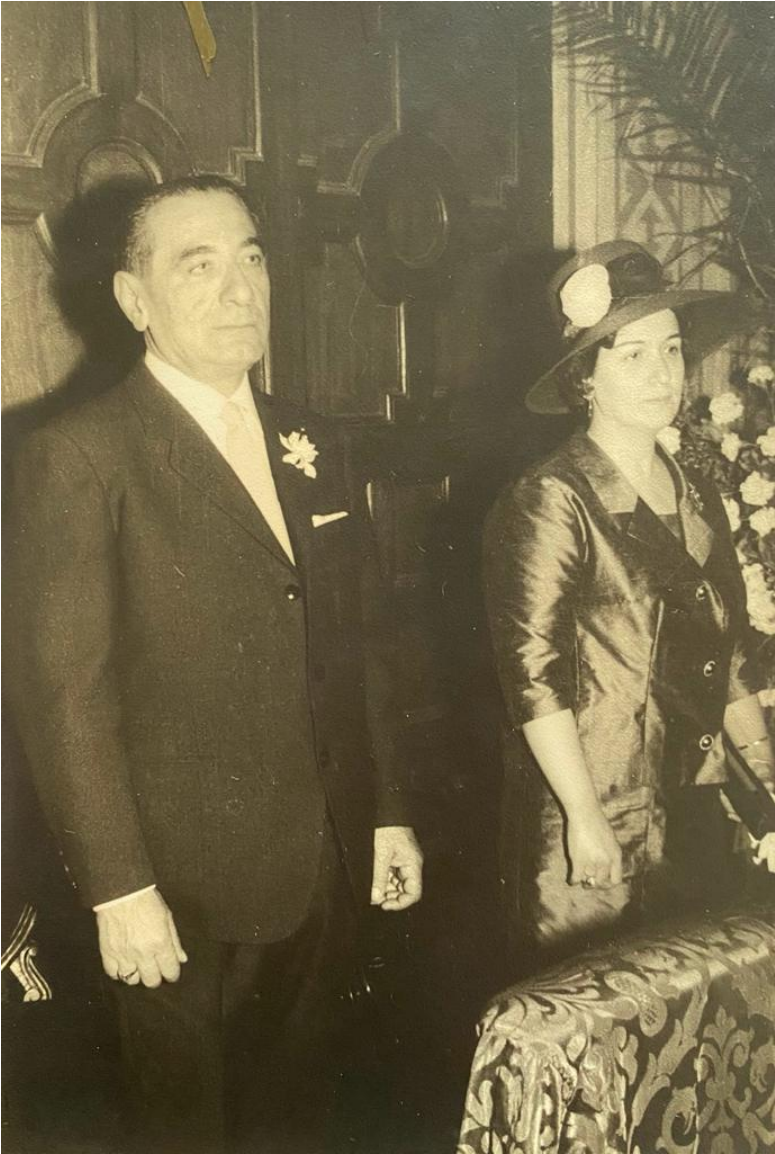
Al terminar la clase, fue al camarín, solamente había uno para todos, pero a ella no le daba pudor cambiarse junto el resto de sus compañeros. Todos le tenían aprecio y respeto, por lo que nunca escuchó un comentario fuera de tono.

Al salir, subió por avenida de la República Argentina, eran las 8 de la noche y muy poca gente transitaba a esas horas por la calle. Pasó junto el Puente Vallcarca y continuó subiendo hasta llegar al edificio donde vivía. Al llegar frente al ascensor, revisó antes debajo del hueco de la escalera, quedó con esa costumbre a modo de precaución. Tomó el ascensor y subió hasta el piso quinto. Se dio cuenta de que se había dejado las llaves, así que llamó suavemente a la puerta y esperó unos segundos. Al ver que no venía nadie a abrir, volvió a llamar, en esta ocasión un poco más fuerte. Escuchó desde dentro que alguien se acercaba hacia la entrada. Su madre abrió sigilosamente, diciéndole:

—Tssss, Dani se quedó dormido esperándote.

Eran mi abuela y mi madre las encargadas de mi cuidado. Mi abuelo había regresado a El Líbano. Mi abuela le pidió que se fuera por desavenencias culturales irreconciliables. En aquella época no se separaba nadie, y no hubo divorcio como tal, pero nunca más se vieron.

Apenas puedo recordar a mi abuelo, el que falleció lejos cuando yo tenía unos seis años.



Mis abuelos

Sí, tengo nociones de un sueño a muy temprana edad, el que considero mi primer recuerdo. Me encontraba en un salón inmenso, oscuro, con altas y amplias columnas, el piso con cerámicas blancas y negras, como si de un tablero de ajedrez se tratara. En el sueño corría huyendo de algo pero como a cámara lenta.

Vivía en un micromundo sin figuras paternas y tengo memoria como si fuera hoy del día en el que le pregunté a mi madre:

—Todos mis amigos tienen mamá y papá. Si tú eres mi mamá, ¿quién es mi papá? —tremenda pregunta, que me respondió muchos años después.



A los 4 años

Pese a lo anterior, guardo recuerdos excelentes de esa época cuando por muchos años vivimos mi madre, mi abuela y mi tía Maricarmen en el piso de alquiler que se encontraba en el barrio de Sant Gervasi de la ciudad Condal.

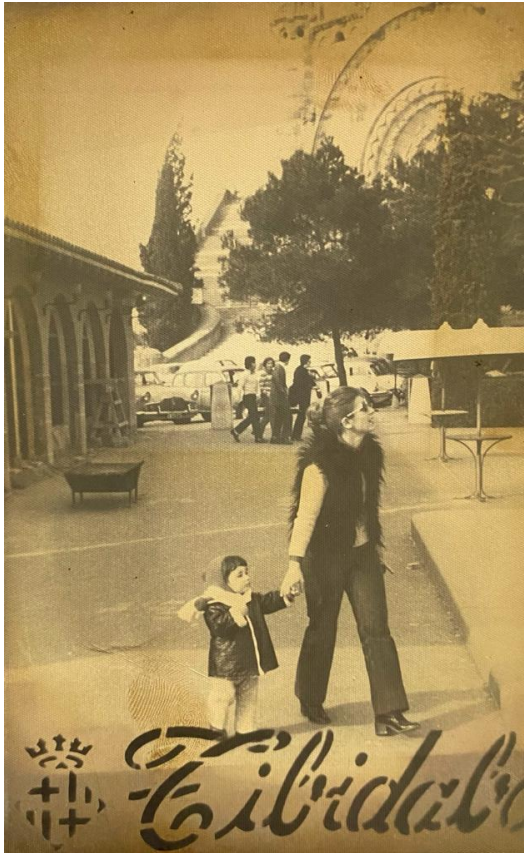
Mi infancia transcurría entre ir a casa de mis tías y jugar con mis primos Xavi, Ramón y Pili, hijos de tía Pili, la hermana mayor de mi madre. A veces iba a su piso en la calle Aribau. Me lo pasaba súper con ellos y podíamos estar horas con nuestros juguetes. Con mis otros primos David y Rubén, hijos de mi tío Miguel, hermano de mi madre, nos veíamos menos, aunque a veces íbamos a su casa en Premià de Dalt, a pocos kilómetros de Barcelona.

No nos relacionábamos con niños o familias del colegio, mi madre no generaba ese tipo de amistad, en esa época no era de relacionarse, de tener amigos, de ir a lugares o a eventos.

Como hijo único, me la pasaba jugando con soldaditos y cochecitos. Tenía pocos amigos, en ocasiones puntuales

iba a jugar a la casa de uno de ellos, Diego. Otro de mis amigos de infancia era mi vecino Carlos. Nos veíamos a menudo, a veces él venía a jugar a casa o yo a la suya. Sus padres eran de origen alemán. Él era un niño rubio, de ojos azules, mucho más alto que yo. Cuando caminaba rápido, debía correr tras de él.

Ya me hacía un poco mayor y mis inicios escolares fueron un tanto desastre. Pasé al menos por seis parvularios. Nunca supe exactamente el porqué de tanto cambio, pero siempre fue a mejor. El último parvulario en el que estuve era el Tirol, en plena Avenida Tibidabo, relativamente cerca. El lugar era mágico. Una gran casa en la que a veces teníamos conejos en la clase y estábamos rodeados de patos y gansos en el patio. Poco me acuerdo de aquella época, salvo un día en el que esperando a mi madre, y por vergüenza a pedírselo a la señorita que estaba a nuestro cargo, me hice pipí en los pantalones mientras me quedaba inmóvil al lado de un árbol del patio.



A veces era bastante travieso o al menos sabía utilizar mis dotes de niño mimado para salirme con la mía. Con decir simplemente que me dolía la cabeza o que tenía fiebre — cuando en realidad no tenía—, mi abuela o mi madre permitían quedarme en casa.

Mi primer colegio fue el Táber, que se encontraba en Avenida Sarrià, uno de los buenos de la zona alta de Barcelona, que hoy es un edificio abandonado. Todas las mañana pasaba un bus escolar a buscarme en la plaza Tibidabo, la que después se llamaría Plaza Kennedy.

Me fascinaba disfrazarme y contar cuentos que yo mismo inventaba a mis compañeros de clase, algo por lo que más de alguno se acordará de mí todavía. Les contaba cuentos en el bus de regreso a casa. Era como lo más esperado del día. Me solía colocar en el asiento del fondo, en el centro y el resto de compañeros a mi alrededor, ellos se dejaban llevar a través de las historias que improvisaba, basadas en las aventuras de una gaviota, que dirigía a su vez a un grupo de gaviotas, que escapaban de otras aves que les perseguían.

Una vez mi abuela Pilar me llevaba de la mano por Avenida Sant Gervasi hacia la plaza. Cuando llegó el autobús para ir al colegio, no se me ocurrió otra cosa que salir corriendo en dirección contraria, y me dirigí raudo de regreso a casa. Mientras, mi abuela me perdió de vista. Cuando llegué, como no sabía qué hacer, llamé al ascensor, pero me di cuenta que no alcanzaba a marcar el piso quinto, que era donde vivíamos, así que salí del ascensor y empecé a subir por las escaleras con la mochila auestas. Justo en ese momento, escuché que la portera, la señora Marina, bajaba por las escaleras, así que no se me ocurrió otra cosa que tirarme al suelo y hacer como si me hubiera desmayado. No se imaginan, la pobre portera cuando me vio tirado en medio del rellano se puso a gritar “*¡Fill meu! què li ha passat! Oh! fill meu!*”. Se acercó y me tomó hasta el pulso. Como vi que se había asustado mucho, empecé a hacer como que despertaba, y en ese momento vi a mi abuela, que también subía por las escaleras. Al final, lo conseguí. Ese día no fui a clase. Pobre abuela y pobre señora Marina. Aunque eran excepciones, ya que solía ser muy obediente y tranquilo.

Si lo pienso bien, algo de herencia de mi madre debe haber en esos arranques que a veces me daban. Si bien ella se distinguía por su forma de ser, de carácter fuerte, pero al mismo tiempo cariñosa, poseía el don de saber estar y era muy amiga de sus amigos, a veces tenía cosas que generaban algo de vergüenza ajena. Recuerdo una vez que íbamos por la calle y en un semáforo se puso a nuestro lado una señora con su hijo que no tendría más de un año, y a mi madre no se le ocurrió más que gritar mirando al niño “¡Oh!, rata gorda. Qué rata gorda tan grande”, y sí, es que a veces Merche llamaba cariñosamente *rata gorda* a los niños pequeños, pero claro, si no la conoces de nada, que alguien llame *rata gorda* a tu hijo, pues no debe sentar nada bien, así que normalmente las personas salían huyendo horrorizadas.

A veces sentía que lo que ella decía era muy extraño, era como “no madre, no digas esas cosas, no me las digas a mí, no quiero saberlo”. Creo que en algún punto le recordaba la forma de ser a mi padre. Yo era más serioso y metido en mi mundo.

Por el año 1975 mi madre estaba en una situación algo precaria, sin trabajo y con pocas opciones de encontrar algo estable. Un día, se encontraba en una cafetería en la Vía Augusta, un poco más abajo de la plaza Gal. la Placidia y escuchó la conversación entre un señor mayor y el que parecía ser su empleado, ambos de traje y corbata. Indicaban que la secretaria había renunciado.

Ambos señores terminaron sus cafés, el de mayor edad pagó la cuenta y salieron del bar. Mi madre los observaba y notó que cruzaron la calle hasta entrar a un edificio justo enfrente del bar. Siguió observando hasta que pudo comprobar que la persiana del primer piso se abría y apareció el señor mayor en ella. No se lo pensó ni un segundo, respiró profundo, fue al baño del local, se peinó con las manos y pintó sus labios de rojo carmín mirándose en un pequeño espejo redondo que siempre llevaba consigo. Guapa, pero sin currículum ni experiencia, fue decidida al primer piso de la oficina.

Llamó a la puerta y le abrió una señora mayor. Mi madre preguntó por el dueño y la señora le consultó:

—¿De qué se trata?, don Adolfo se encuentra ocupado en estos momentos, ¿tenía una cita agendada con él?

Mi madre contestó:

—Adolfo me está esperando, dígame que Mercedes Atik vino a verle.

La recepcionista le ofreció asiento y desapareció por una de las puertas de la primera estancia. La oficina tenía bastantes medidas de seguridad poco habituales. Finalmente, el dueño la recibió y le preguntó:

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?, me dijeron que yo debía estarla esperando, pero no recuerdo que hayamos conversado con anterioridad —era un señor ya mayor, con gran experiencia comercial. Mi madre no se cortó ni un pelo y le dijo directamente:

—Sé que necesita a alguien que trabaje para usted y soy la mejor secretaria que jamás podrá tener.

El señor, sorprendido, dijo:

—Justo en este momento no necesito a ninguna secretaria.

Ella replicó que sabía que necesitaba una que le ayudase en su día a día. Él le consultó por su experiencia y mi madre no mintió.

—Nunca he sido secretaria ni sé de administración, pero no se arrepentirá si me contrata.

El señor, educadamente, le dio las gracias por su interés y acompañándola hasta la puerta con cortesía, le indicó que de necesitar una secretaria, debía tener amplia experiencia y claramente ella no cumplía con ese requisito. Sin pensar en que todos los empleados de la empresa en silencio observaban la escena, mi madre se puso a llorar justo en la puerta y le repitió:

—Nunca va a tener a una secretaria como yo.

Acto seguido, salió de la oficina, bajó por las escaleras y cruzó la calle regresando con lágrimas en los ojos a la cafetería de enfrente. Necesitaba un vaso de agua. Sin percatarse, Adolfo la observó por la ventana. Al cabo de unos minutos, el mismo dueño de la empresa de numismática entró en la cafetería, revisó el lugar hasta que la vio en una mesa llorando desconsoladamente. Se acercó y dijo:

—¿Me permite? —se sentó con ella en la mesa—: Cambié de opinión, le voy a dar una oportunidad, quiero que pueda probar lo que me dijo allá arriba. Quiero que usted sea la mejor secretaria que yo nunca haya tenido.

Y así es como mi madre encontró trabajo en el momento que menos lo esperaba, y en el momento que más lo necesitaba.



Mi madre en la oficina de numismática

Con mi abuela complementaban ingresos pintando soldaditos de plástico. Llegaban con bolsas gigantes y se pasaban horas en el largo pasillo que teníamos en el piso; también ensobraban cartas para envíos de publicidad de la empresa de numismática. A Merche le empezó a ir mejor económicamente y a poder permitirse ciertos lujos que antes eran impensables.

A veces mi madre me llevaba a la oficina cuando el jefe no estaba, ya que viajaba mucho por España para cerrar tratos comerciales. Era muy entretenido ir, ya que sus compañeros de trabajo me amaban y lo pasábamos muy bien. Una de las cosas que hacían habitualmente era espiritismo, se juntaban alrededor de una mesa con las letras del abecedario recortadas en papelitos conformando un círculo y un vaso de plástico en el centro. Todos ponían sus dedos sobre el vaso e invocaban a diferentes espíritus. Increíblemente, el vaso se movía y todos hacían preguntas. Yo por lo general solo miraba, aunque puse el dedo en más de una ocasión. Hasta el día de hoy puedo recordar la sensación del vaso desplazándose como un fantasma sobre la mesa.

Por el trabajo de Merche, la tía Maricarmen a veces me cuidaba. Ella en las noches era gogó y conoció a Marcial, quien fue su pareja durante casi toda su vida, en un bar de prostitutas donde él era barman. Alguna vez fuimos juntos a buscar a Marcial y todas las chicas decían: “ay, qué niño tan mono”. Por su trabajo nocturno, aprovechaba el día para dormir, o a veces no aparecía

durante varios días en casa. Era muy divertida, de contar chistes y ver la vida de otra manera, por lo que congeniaban con mi madre. También trabajó en un bingo, vendía los cartones. A veces yo iba y ella estaba ahí con un vestidito corto. Era muy de los garabatos. “Di ostia, di una palabrota”, me pedía, y yo respondía: “no, no quiero, no me obligues”. Fumaba mucho, eso me disgustaba, al igual que lo hiciera Merche.

Para las vacaciones de verano, durante cuatro años consecutivos pasamos los meses de agosto en el camping La Granja, que se encontraba en la ciudad costera de Calella de Mar. Era toda una aventura, ya que viajábamos con el coche de mi madre, un Seat 600 amarillo, en el que íbamos con mi abuela y una cotorra en su jaula (Pochita). Llevábamos ropa y todo tipo de objetos que necesitábamos para vivir un mes allá, además de la tienda de campaña y la tienda para la cocina externa.



Vivir un mes en el camping era maravilloso. A veces venía a visitarnos tía Maricarmen. El plan diario era bien relajado, íbamos prácticamente todos los días a la playa, donde casi siempre nos topábamos con el botijero, un joven con barba, camisa abierta y muy simpático, que vendía botijos que llevaba sobre un burro. Parece que era buen mozo porque mi madre y su hermana siempre se quedaban conversando con él cuando se lo encontraban. Recuerdo haber aprendido a ir en bicicleta y pasar mil y una aventuras con amigos temporales que hacía fácilmente. Allá todos éramos una gran familia.



Uno de esos veranos mi madre conoció a un holandés con el que empezó a salir. Ella se enamoró locamente, pero quedó en un enamoramiento de verano, ya que al terminar el mes de agosto nunca más volvió a verlo.

Ella no tuvo otros novios importantes durante mi infancia y mi padre Manel, del que yo no supe nada hasta mucho después, no dio señales de vida durante esa época aunque

estuvo informado de mis avances, algo de lo que me enteraría mucho más adelante.

Varios hombres se le insinuaron durante esos años, pero ella no quiso nada de ellos. En una ocasión, llegó a casa más contenta de lo habitual. Su madre y Maricarmen estaban en casa, así que, como siempre, dejó el bolso y se sentó en el salón. En ese momento les dijo:

—Os tengo que contar algo.

—¿De qué se trata?, ¿a quién has conocido hoy? Estás muy risueña ja, ja, ja —le dijo Maricarmen sabiendo cómo era su hermana.

—Pues resulta que hoy estuve en el Corte Inglés, salí a dar una vuelta por Paseo de Gracia y en uno de los semáforos vi a un hombre guapísimo en el otro lado de la calle esperando cruzar. Me lo quedé mirando fijamente. Él no me vio y cuando el semáforo se puso verde, hice algo que nunca había hecho —contaba Merche, y su hermana le cortó diciendo:

—Seguro que le guiñaste el ojo, ¿a que sí?

Merche se sonrió y continuó.

—Hice algo que nunca había hecho. Cuando se puso en verde, yo no crucé, lo esperé, me interpuse en su camino, y le dije: “Hola, me llamo Merche y me gustaría acostarme contigo. ¿Te apetecería? Te aclaro que no soy una prostituta, solamente que me gustaste y quiero acostarme contigo”. Así que fuimos a tomar algo a un bar y de ahí a un hostel que hay al principio de las Ramblas, y bueeeno, aquí estoy, feliz, aaaaah, ja, ja, ja —Pilar y Maricarmen quedaron enmudecidas, con los ojos bien abiertos, se miraron y soltaron una gran carcajada, a la que se sumó Merche, terminando todas riendo y con Maricarmen por los suelos. En ese momento, salí de mi habitación intrigado por esas risas y pregunté:

—¿Qué es eso tan divertido? —y ellas rieron aún más fuerte.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*

El 29 de septiembre de 1979, Macías Ngema, el que fuera presidente y dictador que convirtió a Guinea Ecuatorial en un país aislado y pobre durante 11 años y que sumió al pueblo en una intensa represión por lo sangriento de su mandato dictatorial, fue fusilado después de un rápido juicio a raíz de un golpe de Estado perpetrado y liderado por su sobrino Teodoro Obiang Ngema, quien se autoproclamó después como nuevo presidente del país.

Al poco tiempo, en 1980, se restablecieron las relaciones diplomáticas entre el mundo y Guinea Ecuatorial, y se abrieron decenas de sedes diplomáticas, como China, Francia y España.

Guinea se abrió a la entrada de extranjeros otra vez y el nuevo presidente invitó a que regresaran aquellos que habían sido expulsados por su tío hacía 11 años, con la posibilidad de recuperar sus tierras y propiedades, que

hasta aquel entonces habían sido usufructuadas por el personal cercano al exdictador.

Fue entonces cuando a mi madre y a su hermano Miguel se les ocurrió ver la posibilidad de recuperar las pertenencias de su padre. Mi abuelo era propietario de una plantación de cacao en un terreno de 50 hectáreas y además tenía un edificio, que contenía la tienda y tres pisos, así como un gran almacén. La tienda durante esos diez años había estado totalmente cerrada.

Mi tío fue el primero en ir. Viajó a Malabo con una pequeña maleta y equipado con varios relojes digitales Casio, que usó para regalar en caso de ser necesario a ciertos funcionarios que trabajaban en el Registro de la Propiedad, de forma que así pudo agilizar la obtención de los documentos que les permitió recuperar los bienes de mi abuelo rápidamente.

Con los documentos al día y a nombre de los hermanos, y después de conversarlo con mi abuela Pilar, decidieron que viajaríamos a Malabo para instalarnos allá y retomar

el negocio que mi abuelo había empezado. En ese momento, yo tenía 10 años. Cuando me dijeron que íbamos a vivir en África, fue bien impactante, pero no tuve miedo. Después de pasar una infancia tranquila y bastante normal en Barcelona, todo empezaba a cambiar y una gran aventura se avecinaba.

Regreso a Malabo

Ya que viajábamos sin saber cuándo íbamos a regresar a Barcelona, mi madre decidió donar a nuestra cotorra Pochita al Zoo de Barcelona. Fuimos a dejarla en el espacio que tenían destinado para las cotorras; al menos iba a estar bien acompañada, ya que había cientos de ellas.

Mi madre se despidió de la empresa de numismática, aunque no fue fácil. El dueño insistió en que no lo hiciera, le llegó a prometer un nuevo coche y aumentarle el salario; y es que sí, mi madre había cumplido con su promesa y se había convertido en la mejor secretaria de dirección que jamás él había tenido.

Para mantener el piso de Barcelona, mi tía Maricarmen se quedó en él junto a su pareja. Mi abuela y mi madre hicieron los preparativos. Muchas de las cosas que

teníamos las embarcamos en un contenedor para llevarlas por barco. Mi tío Miguel se adelantó y viajó con su pareja, que también se llamaba Merche, para dejar todo listo. La idea es que Miguel estuviera unos meses en Malabo y después regresaría para actuar como el proveedor y comprador de las prendas, telas y productos que exportaría desde Barcelona a Guinea Ecuatorial.

Fue mi primera vez en avión. El viaje duraba ocho horas, haciendo una única escala en Lagos. En los 80 se podía fumar en los aviones, y era la época donde los pilotos preguntaban a las azafatas de vuelo si había niños a bordo y, si eran unos pocos, les llamaban para que fueran a la cabina a explicarles cómo funcionaba el avión. Esa vez me tocó a mí.

Recuerdo entrar en esa cabina repleta de interruptores y luces de colores. Los pilotos fueron muy amables, hasta me dejaron sentar en el asiento del copiloto y me permitieron agarrar el timón con mis manos (aunque creo que en realidad estaba deshabilitado cuando me dejaron tocarlo).

Durante la mayoría del vuelo todos estábamos con la mirada perdida, sin hablarnos demasiado. Aunque para Merche y Pilar era como volver al hogar, era cierto que la isla había estado diez años cerrada a los extranjeros, por lo que no sabíamos con claridad qué es lo que nos deparaba. Para mí, se avecinaba una gran aventura, dejando atrás todo lo conocido hasta el momento.

Después del largo viaje y a través de las densas nubes de la zona ecuatorial, empezó a divisarse la isla con su increíble y verde vegetación, así como la tierra negra de la zona del aeropuerto. Era un día nuboso, igual que muchos en la época de lluvias.

Aterrizamos sin problemas y la gente aplaudió al tocar tierra. Salir del avión fue bien impactante, ya que el cambio de la sensación térmica era como si recibieras una bofetada. Además, los olores eran mucho más intensos e inmediatamente mi camisa se empapó de sudor.

El aeropuerto de entonces era sumamente pequeño y había un gran caos. Mucha gente aglomerada recibiendo

a sus familiares o compañeros de trabajo. Otros simplemente iban como forma de entretenimiento para ver quién llegaba.

Vino a buscarnos mi tío Miguel y también Toni, el que era primo hermano de mi madre, uno de los pocos extranjeros que pudo vivir en la isla en tiempo de dictadura. Llegaron en un Land Rover que mi tío compró y Toni en su Tiburón, un Citroën que no se veía mucho por Barcelona, que obtuvo trabajando para la embajada francesa en Malabo; como él era mecánico y un *manitas*, lo tenía en perfecto estado.

Llegamos a nuestro edificio, que se encontraba en la Avenida Libertad, en pleno centro de la ciudad de Malabo. Era una tienda, con un almacén detrás y unas escaleras que daban acceso a una terraza que dividía un piso grande y otro piso más pequeño orientado a las visitas; subiendo otras escaleras se podía tener acceso al tercer piso. Mi tío se quedó en el piso de más arriba, y con mi abuela y mi madre nos fuimos al piso que estaba sobre la tienda. Gracias a mi tío, ya estaba habitable aunque

todavía quedaba que llegasen en unos días más en barco el resto de pertenencias y algunos muebles.

El cambio fue bastante fuerte, de vivir en Barcelona a una isla con clima ecuatorial, vegetación extrema, insectos gigantes, reptiles y aguas llenas de todo tipo de fauna marina. Fue una gran experiencia y mis recuerdos de aquellos años son intensos y plagados de contrastes.

Para adaptarme mejor, contrataron a un profesor que me impartiría clases particulares de pichinglis para aprender el dialecto y así poder defenderme en caso de no entender lo que hablaban. Las clases las grababa en un radio cassette para después escucharlas repetidas veces.

Como recién llegados después de una dictadura en los que apenas habían habido extranjeros en la isla, la mayoría de los niños de mi edad no habían visto nunca a un blanco y menos a un niño de diez años blanco, y muchas veces se me acercaban mientras caminaba, me tocaban y se iban corriendo y reían.

Una vez uno de los hijos del presidente Obiang Ngema y un amigo de él nos hicieron una encerrona con un amigo, nos quisieron pegar, y salimos corriendo. Decían “Tú, blanco, ¿qué haces aquí?”, y ese tipo de cosas. Pese a todo, no me daba miedo, era enriquecedor y diferente.

Como la isla es volcánica, todas las playas son de arena negra, excepto una inexplicable y rebelde de arena blanca. Las playas habían sido bautizadas de acuerdo a los kilómetros en que se encontrasen de la capital. La playa del 10 estaba cercana al aeropuerto y era muy bonita, llena de palmeras. Mi madre confiaba mucho en que no me iba a pasar nunca nada, y yo, con unas gafas de buceo, un tubo y unas aletas, me adentraba en el mar y me sumergía sin pensar en los posibles peligros que podía encontrarme. Era verdaderamente increíble sumergirme en el mar y ver la gran cantidad de vida que había ahí debajo. Desde la playa, el mar se veía oscuro. No era como en otras partes del mundo, como en el Caribe, en el que el agua es azul turquesa, no, aquí no veías el fondo, pero cuando tomabas las gafas de buceo y te sumergías, el mundo submarino se convertía en un lugar repleto de

peces de colores, algunos pequeños, otros gigantes, serpientes de mar, morenas, mantarrayas y tiburones que a veces pasaban por encima de uno y tapaban la luz del sol mientras buceabas.



En 1981 mi madre con dos amigos antes de meterse a bucear

La marea podía dejar decenas de metros de playa al descubierto que luego a las pocas horas estaban sumergidas por el mar nuevamente. Incluso había algunos barcos varados que al subir la marea permitía que uno pudiese bucear por su interior. Yo me inventaba historias y buceaba solo, con mi pobre equipamiento y a

veces con un fusil de aire comprimido armado con un arpón, que nunca usé, o al menos cuando lo hice, nunca conseguí atrapar ningún pez.

Cuando la marea bajaba, podías encontrarte cientos de peces de colores que todavía respiraban sobre la húmeda arena negra, también cangrejos, centollas, y tortugas que caminaban lentamente en dirección al mar, otros resguardándose en sus guaridas.

Cuando me metía en el agua, difícilmente salía nuevamente, podía pasar horas buceando, nadando y jugando entre los barcos que yacían en las playas. Desde el mar, podía divisarse la silueta del pico Basilé, o la montaña más alta, aunque era difícil verla, ya que casi siempre estaba rodeada de nubes y bruma. Las playas estaban repletas de palmeras y una vasta y tupida vegetación que impedía adentrarse en la selva si no habías trazado un camino. Había arenas movedizas y en más de una ocasión los coches quedaban varados.

Si bien las playas me encantaban de la isla de Bioko, lo más entretenido eran precisamente esos caminos. Cuando regresábamos tarde, después de todo un día en la playa, atravesábamos la selva de noche. Eso sí era sorprendente. Las estrellas brillaban tanto, que ni los focos del Land Rover las hacían desaparecer. A veces íbamos por un camino en mitad de la noche y deteníamos el coche apagando las luces. Nos asomábamos por las ventanillas y era un verdadero espectáculo. Primero, por los sonidos de la selva, algo indescriptible, y también por la nube de estrellas que iluminaban nuestro alrededor. Cuando era luna llena, esta se veía increíblemente grande, y su luz iluminaba tanto, que no era necesario una linterna para poder divisar lo que tenías a tu alrededor.

La selva de la isla de Bioko es ecuatorial, bien tupida, con altos árboles y mucha vegetación. Por ello es habitual que los guineanos vayan con su machete en la mano, no solamente para cortar algunos de los frutos que brotan de los árboles, como la abundante caña de azúcar, cocos o

cacao, sino también para abrirse paso entre la vegetación repleta de helechos y cacaoteros.

Un árbol que es predominante en la isla es la ceiba. Es de largo y ancho tronco e impresionantes raíces, con ramas únicamente en la parte más alta del tronco y abundantes hojas verdes. Mide entre 60 y 70 metros de altura y el tronco podría alcanzar los 5 metros de ancho. Este árbol milenario es considerado sagrado por algunas culturas. Para los mayas, por ejemplo, la ceiba es el árbol que conecta el cielo con la tierra, a los vivos con los muertos, y es donde nació el primer hombre, por ello se celebran ceremonias y festividades bajo sus ramas. La isla de Bioko estaba lleno de ceibas y eso provocaba que el paisaje selvático se viese aun más majestuoso. La bandera de Guinea Ecuatorial tiene los colores verde, que representa la flora del país, el azul del mar, el blanco de la paz y el rojo de la sangre derramada por la independencia, y además incorpora el escudo que contiene en el centro el dibujo de una Bombax ceiba o, lo que es lo mismo, la ceiba común.

La vegetación era todo un espectáculo, a lo que se sumaba un ambiente muy distendido. Uno de los lugares donde más se socializaba en toda la isla era la terraza interior de nuestra casa, ya que era lugar de fiestas nocturnas habitualmente, donde mi madre y Miguel invitaban al *jet set* de la isla. Principalmente eran conocidos que hicieron de la embajada española o de otros países que vinieron en una primera etapa post dictadura.

Merche hizo muy buenos amigos, todos bien variopintos y de diferentes nacionalidades. Algunos de la comunidad libanesa, otros italianos, canadienses, franceses y muchos españoles. Se juntaban como si hubiesen sido amigos de toda la vida, pese a que algunos eran recién llegados. Dentro de toda esa alegría que mostraba, yo notaba cierta tristeza porque estaba sola, por lo que solía rodearse de gente. A ella le gustaba que llegasen y se sintieran como en su casa.

Yo era el responsable de amenizar esas reuniones con música, en Guinea escuchábamos casetes o radios de allá y Luis Cobos era un constante invitado musical. También

servía bebidas y hielo, aunque siempre me iba a acostar antes que nadie.

Hablando de hielo, tanto este como el agua debíamos hervirlo antes de tomarlo, ya que sino corríamos el riesgo de enfermarnos gravemente. Los bichos más peligrosos de la isla eran los que no podían verse.

Coincidiendo con nuestra venida, también llegó un gran equipo de profesionales de la Cooperación Española, que habilitó un colegio para los niños de los cooperantes. El colegio era una casa prefabricada en un contenedor, justo al lado de una de las playas cercanas a la ciudad. Como éramos muy pocos niños españoles, había una sola profesora que daba clases a cada uno de los cursos, que se encontraban en diferentes mesas redondas en una misma habitación. El *modus operandi* de la profesora era explicar una materia y al día siguiente te la preguntaba. Si había dos alumnos en un mismo curso, preguntaba la mitad de la lección a uno y la otra mitad a otro, pero como yo era el único en quinto de educación básica (EGB), siempre debía saberlo todo.

Lo cierto es que no me gustaba mucho el colegio. Desde esa *caracola*, así llamábamos a los contenedores que estaban junto al mar, mientras estudiaba —o mientras hacía como que estudiaba—, podía ver cómo las ballenas saltaban a pocos centenares de metros de donde nos encontrábamos. Es más, podía incluso escuchar cuando expulsaban el agua por su espiráculo. Era maravilloso. Con esas vistas, quién querría aprender lecciones aburridas y estar encerrado.

Bioko, al ser una isla no muy grande, tenía poca fauna, pero era abundante en insectos y reptiles, unos verdaderamente gigantes. Había todo tipo de hormigas, algunas de ellas eran carnívoras, así que era recomendable no caminar solo por la tupida selva de árboles de troncos sin fin, ya que si te topabas con un hormiguero, podías tener un mal día. El pan siempre llevaba hormigas, no había posibilidad de tener espacios con limpieza extrema.

Las cucarachas eran de varios centímetros de largo y voladoras, así que de repente podían chocar con tu cabeza o simplemente la utilizaban como pista de aterrizaje y no te dabas cuenta.

Las arañas peludas venenosas estaban por todas partes y sobre todo salían por la noche. Una vez vimos una en la terraza exterior que conectaba nuestro departamento con el de invitados. Era verdaderamente gigante y avanzaba lentamente por el suelo de la terraza. Yo estaba a unos pocos metros y quedé petrificado, porque es habitual que estos arácnidos, si se sienten atacados, salten hacia uno. Mi madre se acercó, la observó durante unos segundos y dijo. “Dani, no te muevas”, y fue directo a la casa, desapareciendo por la puerta de acceso. A los pocos segundos apareció de nuevo con una escoba, se acercó y la aplastó. Pero parece que no fue buena idea, ya que miles de miniarañas salieron de su interior a gran velocidad conformando un círculo que iba cada vez haciéndose más grande.

Al parecer la araña tenía sus crías a punto de salir y mi madre aceleró el proceso. Si dejábamos que se esparciesen íbamos a tener la casa, o mejor dicho, el edificio entero, lleno de arácnidos en unos días. Mi madre no lo dudó ni un segundo y tomó un quinqué, una lámpara de petróleo, y roció con aceite alrededor de ellas. Luego, tomó unas cerillas y prendió fuego, generando un círculo ardiente que terminó con todas ellas. Yo no pude más que quedarme congelado durante esa escena, sin poder moverme ni hablar.

A pesar de esos sustos, los atardeceres desde la casa eran maravillosos. A las siete de la tarde el cielo se ponía rojo intenso y mirando hacia la costa se veían unas palmeras altas, lejanas, que se colmaban de murciélagos gigantes que llenaban el cielo. Incluso a veces se veía la lava y la nube negra del volcán del monte Camerún, que estaba a kilómetros de donde nos encontrábamos, en el continente.

Las noches desde la ciudad también eran espectaculares y estrelladas, la luna llena se veía inmensa, mucho más

grande que desde Barcelona. Al principio no había electricidad, teníamos un generador eléctrico de gasoil, aunque algunas veces por la noche no lo encendíamos, así que pasábamos la noche a la luz de las velas y luz de quinqué. Uno de mis juegos preferidos era hacer figuras con la sombra de mis manos sobre la pared de mi habitación.

No siempre salía agua del grifo, ya que los cortes eran muy normales, así que teníamos que guardarla en bidones, y en ocasiones nos bañábamos directamente con cubos en la terraza, teniendo siempre en cuenta no beber agua sino el peligro de enfermarnos era sumamente alto.

El servicio de salud era muy insalubre. Estaba el hospital general, donde principalmente había doctores chinos con potes llenos de pastillas. Cuando contraí una enfermedad me tuve que tomar 23 pastillas al día. Una vez vi en el hospital a un chico con la punta de un pez espada que le había atravesado la pierna y se rompió. No sabían cómo sacárselo.

En cuanto al comercio, tiendas había poco, por lo que mi madre empezó a hacerse muy conocida en la pequeña ciudad. La apertura de la tienda de ropa La Condal tuvo una gran acogida y éxito. Vendía principalmente telas traídas de Barcelona con las que las mujeres se hacían los *lapás*, típicos vestidos de la zona. Terminó importando incluso ropa y zapatos para los ministros y miembros del nuevo gobierno.



La casa en Malabo. Abajo, La Condal; en el segundo piso nuestra casa y en el tercer piso el departamento de Miguel.

Muy sociable y clara en sus ideas, cuando emprendió, que no lo había hecho antes, le fue superbién. Ella lideraba, tenía gente a cargo, como a Domingo, su mano derecha; el Wachinight, que cuidaba la casa por la noche; también a señoras de la limpieza con quienes creaba buen ambiente, se vinculaba muy de tú a tú.

Ella tenía un gran carácter, se hacía respetar y cuando entraba a un lugar dominaba, aunque más de una vez pasó miedo, ya que el trato de algunos hombres era bien violento. Una vez fui con ella al puerto para ir a ver uno de los contenedores que acababa de llegar de España, la acompañé en el Land Rover que en aquella ocasión conducía ella misma. En la barrera de acceso nos tocó un militar que estaba en estado de ebriedad y que no nos dejaba pasar. Merche se exaltó y cuando finalmente vio que no nos iba a permitir el acceso, se dio media vuelta. El militar, borracho, alzó su arma y apuntó como pudo, disparando hacia el coche. Por suerte, la bala no impactó.



Además de la tienda y las casas, uno de los bienes que se recuperó de mi abuelo fue un terreno de cincuenta hectáreas que antiguamente había sido una finca de cacao, así como una pequeña casa en Moca, uno de los poblados ubicado en una de las partes más altas de la isla. Lugar donde la temperatura bajaba considerablemente y debías ir abrigado.

Alguna vez fuimos a la finca de cacao, pero estaba todo abandonado, excepto una de las casas donde vivía una familia que cuidaba un poco el terreno selvático. Por ese terreno pasaba un riachuelo que tenía unos pequeños saltos de agua helada, todo ello en un paraje de selva bien tupida y húmeda. Una vez que fuimos a pasear, y mientras nos acercábamos al río, el camino se llenaba de más y más mariposas de inimaginables colores y dibujos, algunas pequeñas y otras grandiosas. Muchas de ellas se posaban sobre la cabeza y los brazos. Al llegar al lecho del río, las mariposas estaban por todas partes, la escena era realmente extraordinaria.

Mi madre, que era muy atrevida, se quitó la ropa y se tiró en una parte del río que era como una balsa y tenía una pequeña cascada. Se veía profundo y, curiosamente, en el fondo se apreciaba una mancha de color naranja intenso, casi luminiscente. Lo más increíble era que con el movimiento del nado de mi madre, esa mancha se movía también. Después supimos que eran miles de una especie de langostinos pequeños de agua dulce. Por suerte, no eran peligrosos.

Me hice muy amigo de José, un joven guineano de padre español. Con él íbamos mucho a la piscina de Afripesca, una empresa donde trabajaba Toni. Durante los últimos diez años no había tenido ningún tipo de mantenimiento, así que el agua en realidad era agua estancada, pero al estar llena de plantas y algas, estas la limpiaban y la convertían en agua cristalina, aunque uno no podía divisar el fondo, y había todo tipo de vida en su interior, desde renacuajos a otros seres de los que prefiero ni acordarme. A pesar de ello, igual nos bañábamos y nos refrescábamos ahí.

Toni era como un Tarzán, totalmente habituado a la naturaleza del lugar, era de los que sabía trepar las palmeras y con los dedos de los pies tirar los cocos abajo. Luego, con un machete, los abría para beber su agua y comer su rica carne blanca. Una vez fuimos a la playa del kilómetro 10, inflamos un colchón de aire y remamos con las manos mar adentro José, Toni y yo. Al rato de estar remando, nos dimos cuenta de que estábamos bien lejos de la playa y Toni dijo: “Mmm, creo que será mejor que volvamos a la orilla, esto está lleno de tiburones”. Ya puedes imaginarte, que dimos media vuelta inmediatamente y regresamos a toda velocidad, aunque intentando hacer el menos ruido posible con el agua, y es que efectivamente esas costas estaban llenas de tiburones, que se veían atraídos por los ruidos del chapoteo de nuestras manos y pies para avanzar.

Pasaron seis meses, y regresamos a Barcelona para hacernos los exámenes y revisiones médicas necesarias. En ese primer viaje de vuelta aprovechamos para estar un buen tiempo acompañados de la familia y también fuimos a ver a Pochita, la cotorra que habíamos dejado en el zoo,

para ver si la encontrábamos. Cuando llegamos, el cuidador muy amablemente nos llevó hasta la habitación donde se encontraban las cotorras y abrió la puerta. Todas las cotorras se alejaron y se apartaron excepto una que voló rápida y rauda posándose sobre el hombro de mi madre. Sí, a pesar del tiempo y haber estado rodeada de sus pares, Pochita se acordaba perfectamente de mi madre. Fue un momento emocionante. Al cabo de los meses regresamos a Barcelona nuevamente, pero esa vez, Pochita ya no voló en búsqueda del hombro de mi madre. Seguramente ya se había olvidado o tal vez no sobrevivió.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*

Mamá era una convidada frecuente a muchas fiestas, incluso una vez la invitaron de Presidencia a una recepción en la que asistieron empresarios extranjeros que estaban creando nuevos negocios en la isla y, lógicamente mi madre, con la tienda La Condal, era una de las principales promotoras de este tipo de iniciativa, que buscaba potenciar la importación de productos de calidad, generando puestos de trabajo y apostando por

una inmigración que agregase valor a la sociedad guineana.

El presidente Obiang Ngema lideró esa recepción en la que había varios empresarios españoles, algunos franceses, rusos y de otras nacionalidades. Mi madre destacaba principalmente porque era la única mujer entre todos los hombres. En el cóctel, Merche era uno más, y hablaba con unos y otros de tú a tú, incluso con el propio presidente.

En la cena le tocó a su lado izquierdo un ruso, que no hablaba muy bien el español y, a su derecha, un comandante del ejército marroquí que pertenecía a la guardia personal del presidente. Se llamaba Septi. Era un hombre muy alto, con poco pelo y bigote, que a pesar de su imponente porte y apariencia era muy simpático y de grata conversa, así que Merche encontró una persona con quien conversar no solamente de negocios sino también de la vida.

Mientras hablaban, se reían juntos y eso provocó que el presidente se fijase. Merche y Septi continuaron conversando efusivamente y llegó un momento que Obiang se dirigió a ellos interrumpiéndolos, y le dijo, dirigiéndose a mi madre:

—Queridísima Mercedes, me gustaría saber qué es lo que la tiene tan entretenida y entusiasmada. ¿Podría compartir con nosotros de qué están conversando?

—Por supuesto —le respondió—. Estamos conversando de la vida, los viajes, las diferentes formas de vivir en un país y otro. Yo le comentaba a Septi que nací aquí en esta isla y viví viajando entre Malabo, Beirut, de donde era mi padre, que en paz descanse, también viví muchos años en Barcelona y en Las Palmas de Gran Canaria —contaba mientras tenía una copa de vino blanco en la mano y miraba a cada uno de los comensales—. Y Septi me decía que nunca había salido de Marruecos hasta que vino a vivir aquí a hacerse cargo de su guardia personal. Le dije que tiene que dejarse llevar y adaptarse a las costumbres locales. Nadar a contracorriente no le hará nada bien.

¿Verdad, mi comandante? —dijo mirando a su acompañante de cena.

—Sí —dijo Septi—, sin duda, Mercedes ha sido una gran guía, me ha dado muy buenos *tips* para sobrellevar mi residencia en la isla.

Hubo unos segundos de silencio incómodo, y el presidente tomó su copa, limpió su boca con servilleta de tela y la dejó sobre la mesa, se levantó alzando su copa y dijo:

—Salud entonces, por nuestra nueva ministra de Turismo y Relaciones Exteriores. Y salud por Guinea Ecuatorial y sus gentes —señaló sonriendo e invitando al resto a hacer un salud.

—¡Salud! —dijeron todos levantándose.

Así fue como Septi pasó a ser un invitado frecuente en nuestra casa y se convirtió en un buen amigo de mi madre. Al mismo tiempo, Merche se hizo aun más conocida entre todos los empresarios de la isla.

La primera vez que conocí a Septi me dio algo de miedo, ya que vino vestido de militar, con sus medallas, traje caqui y botas negras. Lo alto, corpulento y su abultada barriga, no le hacían justicia. Cuando hablabas con él, era un verdadero amor. No sé cómo ese hombre podía comandar a la guardia personal del presidente Obiang. La verdad, uno pensaría que alguien con ese cargo debería tener un carácter agresivo y machista, pero Septi era todo lo contrario, al menos con nosotros.

De vez en cuando nos invitaba a ir de paseo, siempre a lugares poco habituales, como a un portaaviones estadounidense que estaba de paso, y en otra ocasión, a una plataforma petrolera. Y es que eran los inicios de la explotación petrolera, que tuvo lugar al cabo de unos años en el país, convirtiéndose Guinea en uno de los principales productores de crudo de África, pero eso es otra historia.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*

La vida en Malabo era agradable, llena de aventuras, buenos amigos, buenas fiestas y el negocio de La Condal iba viento en popa, pero yo me enfermaba de forma muy frecuente, y estuve a punto de morir más de una vez. Una vez me pilló en Barcelona, en uno de nuestros frecuentes viajes para control, con 40 de fiebre que no bajaba. Fue tanto, que me llevaron a un hospital. Según los doctores, si hubiese seguido igual, seguramente no hubiese pasado de esa noche.

En esa época estábamos seis meses en Malabo y un mes en Barcelona, pero mi salud se vio seriamente afectada. En más de una ocasión me tuvieron que meter en la bañera con agua helada para bajar la temperatura. Todos nos enfermábamos de forma habitual, pero conmigo se cebaban los bichos. Fiebre amarilla, paludismo y otras enfermedades me atacaban con fuerza. Con el paludismo da un *peak* de fiebre brutal y a los dos días baja; la fiebre amarilla es más larga. La malaria, no se va nunca, dicen, aunque me ha hecho análisis posteriores y me dicen que no hay rastro, pero sí tengo muy alta la bilirrubina.

Si continuaba en Malabo era como si me fuera a morir, entonces, casi por un acto de supervivencia, porque ya no quería pasar por esas tremendas fiebres.

Visto que el clima y el lugar no me sentaban bien y, muy a pesar de mi madre, junto con mi abuela decidieron que lo mejor era irme a vivir a Las Palmas de Gran Canaria con mi abuela, un lugar intermedio entre España y Guinea y de donde ella era originaria. Mi madre se quedaría en Malabo trabajando y nos veríamos cada ciertos meses. Se trataba de una separación que lamenté más de lo que pude expresar en ese momento.

Las Palmas de Gran Canaria

Ya tenía trece años y nos organizamos rápidamente para viajar con mi abuela a su ciudad natal. Los primeros meses los pasamos en un hotel cerca de la playa de Las Canteras. Era tiempo de la serie televisiva *Dallas*. Con mi abuela no nos perdíamos ni un capítulo, los que veíamos en el bar del hotel.

En Las Palmas me inscribieron en un colegio que ya había iniciado el curso, pero después de ir un par de veces, me di cuenta de que no me gustaba nada, y un día en vez de entrar pasé de largo, lo mismo pasó al día siguiente y así, durante unos seis meses. Sin que mi abuela supiera, yo cada día salía de casa con mi mochila y en vez de ir al colegio, paseaba y recorría la ciudad de un lado a otro, como un curioso turista permanente. Los conductores de guaguas (así se llaman los buses urbanos) me conocían, siempre iba junto a ellos conversando y haciendo

transbordo entre guagua y guagua para conocer la ciudad y desplazarme.

Después de unos meses en el hotel (de cuyo nombre no logro acordarme) nos fuimos a vivir a un piso cercano, siempre en la zona de la playa de Las Canteras. Había formado una gran amistad con uno de los conserjes del hotel y a veces iba y le ayudaba, quedándome en recepción, entregando las llaves a los huéspedes o haciendo de operador de la centralita telefónica. Era una de esas centrales con cables y clavijas. Recibía llamadas de los clientes extranjeros que pedían comunicarse con números internacionales e, increíblemente, yo no solo les entendía, sino que establecía el contacto. El haber practicado pichinglis en Malabo fue de gran ayuda para entender mejor el inglés.

Por aquel entonces iba mucho al Corte Inglés, y en la sección de tecnología llegaron los primeros ordenadores personales, específicamente, el Sinclair ZX-81. Yo no tenía ni idea, pero me pasaba horas y horas fascinado tecleando o haciendo castillos o dibujos con los caracteres

gráficos que llevaba incorporado el teclado. Una afición que gatillaría de alguna forma mi futuro: la informática.

En uno de mis largos paseos en solitario por la ciudad de Las Palmas, llegué hasta las dunas que se encontraban a las afueras de la ciudad. Era un lugar desolado en el que no pasaba ni un alma. Y, de repente, me topé con un gran búnker. Sí, uno de esos de la guerra civil. Era enorme. Entré por una de las ranuras, llamadas troneras, de las cámaras de combate y recorrí los pasillos derruidos y cada vez más oscuros por la falta de luz. La estructura tenía al menos cuatro pisos bajo tierra, y estaba llena de pasadizos y túneles oscuros que actuaban como galerías de escape.

Fue uno de los lugares que empecé a visitar asiduamente. Cada vez lo conocía mejor. Llevaba una linterna para poder meterme por los pasillos más profundos. A veces debía arrastrarme para pasar por alguno de los túneles que se encontraban tapados, llenos de arena de playa. Estaba repleto de estancias, puertas con muchos balazos,

armarios de oficina abandonados. Vamos, un lugar bien lúgubre.

Un día fui y me encontré en el camino con una niña de mi edad, de unos 13 años, a quien había conocido unos días antes. Me preguntó que a dónde iba y le comenté que a los búnkeres. No se lo pensó ni un minuto y me dijo: “¡Vamos!”. Como yo era el gran conocedor, empecé a darle un *tour* por la gran infraestructura y terminamos conversando en uno de los espacios destinados a los cañones que daba al exterior y que tenía una ranura por la cual se veía parte de arena y al fondo el mar.

Mientras conversábamos, divisé a dos jóvenes en la distancia que venían en dirección al búnker, cosa poco habitual ya que nunca paseaba nadie por esa zona. No tardaron mucho en estar a pocos metros, cuando me di cuenta de que uno de ellos llevaba una escopeta. Al vernos, el otro dijo: “¡Ahí hay dos!”, y el que llevaba la escopeta no lo dudó ni un segundo, nos apuntó y disparó, aunque no nos dio, pero escuchamos el impacto sobre la pared.

Por el tipo de disparo, pude notar que era una escopeta de balines o postones, pero el susto que nos pegamos fue increíble. Ambos corrimos hacia el interior y, por un momento, entramos en pánico, pero como conocía muy bien los pasadizos, le dije a la niña que me siguiera.

Corrimos por varios pasillos, hasta llegar a un agujero que había en medio de una pared. Nos arrastramos por ahí hasta llegar a una estancia que tenía tres habitaciones sin puertas. Estaba bastante oscuro, ya que una cuarta puerta estaba tapada de arena de playa y solo se veía un haz de luz por la parte superior de la puerta. Si queríamos salir debíamos escarbar, así que pensamos que era mejor ocultarnos en una de las habitaciones que estaban sumamente oscuras.

Nos quedamos en silencio, inmóviles y con mucho miedo. Escuchábamos a los jóvenes gritar: “¡Os vamos a atrapar!, ¡no podéis esconderos!”. Sin duda, nos estaban buscando. Pegaban patadas a las puertas de otras estancias y escuchábamos cómo disparaban en el interior.

Pasaron como quince eternos minutos y dejamos de escucharlos. Fue entonces cuando salimos de la oscura habitación, escarbamos y sacamos la arena de la puerta que daba al exterior, hasta que conseguimos respirar aire y ver desde ella a los jóvenes que se marchaban del lugar.

Fue toda una aventura, que lógicamente no quise volver a repetir, así que nunca más fui por esos lares. A la niña no la vi más. Eso sí, antes de separarnos, nos dimos un gran abrazo y nos miramos a los ojos como diciendo: *nos salvamos por poco*.

Todos esos meses fueron una gran experiencia y un gran aprendizaje, pero llegó el día en que mi abuela me preguntó: “¿Cómo te fue en el colegio hoy?”. Mi cuerpo por un momento se estremeció, ya que ella habitualmente no me preguntaba sobre cómo me iba en la escuela. Igual tomé aire y le dije: “¡Muy bien!”. Ella replicó que me había ido a buscar y que después de esperar mucho decidió entrar, habló con mi profesor y descubrió que ni me conocían, aunque estaba en el listado de asistencia. Había pasado seis meses sin ir a clase y nadie sabía de mí.

Pato

Mi madre seguía en Malabo, sola pero con un buen círculo de amistades. Uno de esos buenos amigos era Patricio, también llamado Pato, un español que llegó a Guinea al mismo tiempo que nosotros a través de una compañía de construcción de infraestructuras. A él le tocaba viajar mucho de la isla Bioko a Bata, y debido a la necesidad de independencia, la empresa compró una avioneta con la que solía volar habitualmente de la isla al continente.

Un día Merche estaba en la tienda como era normal, sentada al lado de la caja, controlando que los clientes salieran de la tienda con lo que necesitasen, y apareció Patricio, que pasaba por ahí y le hizo una visita de cortesía.

—¡Hola, Merche! ¿Cómo van las ventas? —le dijo Pato.

—¡Muy bien! Hoy vinieron de presidencia varios ministros a que les confeccionemos sus trajes, así que ha sido excelente —contestó ella.

—Voy mañana a Bata y regreso en el mismo día. ¿Quieres que lleve o traiga algo de allá? — le preguntó Pato.

—Pues, en este momento no tengo nada pendiente de entregar, por lo que te agradezco pero no será necesario, muchas gracias —replicó Merche.

—Igual seguro te llamo a mi regreso para que coordinemos el cumpleaños de André, ¿te parece?

—Sí, ¡perfecto!, quedo atenta para organizar todo — terminó Merche.

En la tienda empezó a entrar más gente, por lo que Patricio pensó que estaba molestando y decidió que era momento de continuar su camino.

—Bueno, Merche, voy saliendo, nos vemos pronto.

Al cabo de unos días, mi madre contestó el teléfono.

—Hola Merche, soy André. Te llamo porque recibí una llamada de la policía guineana en Bata. Al parecer Pato despegó del aeropuerto, pero su señal desapareció del radar a los pocos minutos en medio de la selva. La verdad es que estoy muy preocupado, porque no he sabido nada de él y podría ser que haya tenido algún problema. Pienso ir a Bata a ver qué puede haber ocurrido.

—Sí, es muy raro, ya que Pato siempre avisa informando que llegó, y llevo unos días sin saber nada de él —dijo mi madre intranquila. No se lo pensó y le dijo que le acompañaría.

Entre los dos contactaron a otros amigos y conocidos y conformaron un grupo de rescate de cinco personas. Merche dejó todo listo para que la tienda funcionase sola mientras ella no estuviese y armaron un plan para ir al rescate.

Cuando llegaron a Bata, consultaron a la policía en el aeropuerto, que eran quienes tenían la información de hasta dónde habían visto por última vez el avión en el radar. Con ese dato trazaron un círculo de por dónde podría haber desaparecido el avión y armaron un recorrido para tratar de llegar hasta allá.

El radio era bien amplio así que además de los cinco que fueron, reclutaron a otros cinco hombres fuertes que conocían la zona para que les acompañasen durante su travesía, que podía alargarse por varios días, así que se prepararon bien con tiendas de campaña, víveres y agua para al menos diez días.

La zona donde desapareció la avioneta era selvática y muy tupida, por lo que hacer camino resultaba difícil. Iban en fila de a uno, y los dos primeros con machetes hacían el camino.

La vegetación y los árboles eran tantos y tan altos que a veces no se divisaba el sol, por lo que debían guiarse por la brújula y un mapa en la mano.

Pasaron un primer día de caminata. Se habían adentrado unos diez kilómetros y se encontraban ya cerca del centro en el que la avioneta había desaparecido. El plan era llegar a ese punto e ir avanzando conformando una espiral creciente. Desde el centro irían ampliando el círculo hasta intentar abarcar el radio en el que creían que había podido caer la avioneta.

Escogieron un lugar lo más plano posible para acampar, aunque continuaba siendo oscuro debido a lo tupida de la selva. Por lo mismo, el suelo era de barro y en algunos casos se encontraron con arenas movedizas que dificultaron mucho la caminata. La primera noche acamparon dejando listas las cinco tiendas de campaña, en las que dormirían de a dos. Oscureció muy rápidamente, por lo que prefirieron acostarse temprano para despertar pronto. Merche estaba agotada, hacía tiempo que no caminaba tanto y menos en un lugar tan hostil, y además no estaba acostumbrada a llevar una pesada mochila consigo. En ocasiones sus botas no le fueron suficientes y llegó a hundir sus piernas completamente en el fango para poder avanzar.

Lo más peligroso de la selva de Bata eran las serpientes y los insectos, ya que la picadura de alguno de ellos podía ser mortal, como el de la mosca tsé-tsé u otros que podían provocar la malaria o fiebre amarilla, entre otros males. Había muchos mosquitos y a pesar de que estaban embadurnados de repelente, no era suficiente.

Al día siguiente despertaron temprano y recogieron rápidamente el campamento para ponerse en marcha lo antes posible. Merche fue de las primeras en estar listas. El líder de la expedición era André, quien llevaba el mapa y dirigía al equipo para seguir avanzando. A pesar del mapa y la brújula, era difícil guiarse, pero André estaba convencido de que iban por buen camino.

Siguieron avanzando según el plan, pero al tercer día ya se encontraban todos agotados y la selva no acompañaba. Cada vez las pausas se volvían más amplias por el cansancio y se hacía más difícil avanzar con la tupida vegetación. Empezaron a pensar que estaban perdidos, pero cuando ya flaqueaban las fuerzas pudieron ver a los

lejos un gran haz de luz en el techo que conformaban las copas de los árboles, y decidieron cambiar el curso normal que estaban llevando e ir hacia él.

Cuando estaban a pocos metros divisaron que justo la luz del sol iluminaba parte de restos de la avioneta que pilotaba Pato. Gritaron su nombre para avisar la llegada y avanzaron rápidamente.

Al alcanzar los primeros restos pudieron comprobar que la avioneta estaba medio sumergida en el barro y una de las alas estaba partida por la mitad. La caída de la avioneta había hecho un agujero entre las copas de los árboles de más de cuarenta metros, pero la caída había sido totalmente vertical y pudieron comprobar también que fue mortal. El cuerpo sin vida de Pato se encontraba en el interior de la cabina, pero no era de fácil acceso. Además, una serpiente de grandes dimensiones se encontraba en el interior de la avioneta, lo que hacía más difícil todavía el poder sacar su cuerpo.

Tuvieron que acampar aquella noche alrededor de los restos del avión y construyeron una especie de camilla para poder llevar a Pato.

Uno de los hombres reclutados tenía gran experiencia con serpientes.

—Voy a entrar y sacar la serpiente para poder extraer al hombre —dijo Nsué.

De alguna forma, era responsabilidad de los cinco españoles, entre ellos Merche y André, que les habían contratado, pero no había muchas otras opciones, así que después de deliberar entre ellos, aceptaron.

—Adelante, Nsué, ¿cómo podemos ayudarte? —dijo Merche.

Nsué pidió llevar un machete, y que al menos tres hombres estuviesen cerca, ya que cuando sacase a la serpiente, tal vez lo haría usando su propio cuerpo.

Nsué subió a la estructura, para después bajar por ella hasta la cabina. La puerta estaba trabada y el cristal roto, así que primero necesitó que otro hombre le ayudase abriendo una de las puertas, la más accesible, aunque casi se hallaba sumergida en el barro. Después de varios forcejeos, lograron abrir la puerta. En ese momento, uno de los hombres se alejó a una distancia de seguridad y Nsué tomó el machete con sus dientes y se ayudó con sus manos para subirse e introducirse en la cabina.

El resto de los nueve se encontraba expectantes y pendientes de cualquier indicación de Nsué. De repente, se escuchó a Nsué gritar y, a continuación, se escucharon unos golpes metálicos dentro de la avioneta, a los pocos segundos salió despedida por la puerta la mitad de una serpiente más pequeña, no la que habían divisado en una primera instancia.

—¡Maté a otra! —dijo Nsué.

No había una, sino dos serpientes, una pequeña, rápida y venenosa a la que Nsué logró cortar en dos de un

machetazo y otra mucho más grande, que le atrapó la pierna, se trataba de una boa constrictor, una serpiente que no tiene mordida mortal, pero que si te atrapa puede romperte todos los huesos. En este caso, también había empezado a bloquearle uno de sus brazos. La serpiente había aprovechado su lucha con la primera para empezar a inmovilizarlo.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Sáquenme esta serpiente de encima!
—gritó Nsué.

Merche y André no se lo pensaron, corrieron a meterse y lograron sacar a Nsué con serpiente incluida aunque no fue nada fácil. Una vez fuera de la nave, otro de los hombres cortó la cabeza de la serpiente de un machetazo, pudiendo así liberar a Nsué. Cuando la situación se normalizó, midieron a la serpiente. Medía unos diez metros de largo y casi cuarenta centímetros de diámetro en algunas partes de su cuerpo. Nsué quedó algo damnificado de la pelea con la serpiente, ya que aunque no le había conseguido romper ningún hueso, sí le había afectado músculos y tendones. Ya sin serpientes en la

cabina, fueron André y Merche quienes entraron a sacar el cuerpo sin vida de Pato.

Una vez pudieron recuperar a Patricio, cubrieron su cuerpo y tomaron un descanso de una noche alrededor de los restos del avión. Al día siguiente, André guio al equipo al poblado más cercano de donde se encontraban, pudiendo regresar a un lugar seguro en un plazo de no más de un día. La embajada de España había realizado los preparativos para repatriar a Pato y ser enterrado en Madrid, de donde era originario.

Llegaron a la ciudad de Bata totalmente agotados, y algunos heridos. Pero finalmente valió la pena, aunque estaban tristes por no poder rescatar a Pato con vida.

Cuando volvió a su casa de Malabo, lo primero que hizo Merche fue sentarse en el sillón del salón y llorar sin parar. Se había ido uno de sus mejores amigos y la experiencia de haberlo ido a buscar sin éxito fue frustrante y muy fuerte para ella. Cuando Merche se

calmó, llamó por teléfono a su madre Pilar para explicarle lo ocurrido y preguntar por mí...

Madrid

En ese momento fue cuando Pilar le indicó a mi madre lo que había ocurrido en el colegio de Las Palmas y, al enterarse, lo primero que pensó fue: *Las Palmas tampoco es el lugar*. Entre una cosa y otra, decidieron que junto con mi abuela íbamos a vivir en Madrid, así que nos trasladamos a vivir a la gran capital a los pocos días.

Pasaron unos meses y mi madre volvió a la normalidad de su día a día. En una de esas fiestas que montaba en su casa, conoció a Nacho, un madrileño que llegó a Malabo para ver si hacía negocios en Guinea. Aunque Nacho no era el estilo de hombre que le gustaba a mi madre, él era muy atento con ella.

Eso le llamó la atención y empezaron a salir.

En Madrid estuvimos mi abuela y yo viviendo en la calle Ibiza, cercana al Parque del Retiro, en una ubicación

maravillosa. Mi pasión por la informática siguió en aumento y mi madre me compró un Sinclair ZX-81. Por mi parte, yo me compré un libro para aprender a programar en Basic, que se llamaba Basic básico. Al poco tiempo, ese ordenador me quedó pequeño y en uno de los viajes en que Merche venía a vernos a la capital, vino con Nacho. Nacho era un joven muy educado, de una familia adinerada y algo *estirado*. Claramente quería quedar bien conmigo, y le preguntó a Merche qué era lo que me gustaba. Así fue como me compró un ordenador Commodore VIC 20 y, al poco tiempo, un Sinclair ZX Spectrum. La verdad es que cada vez que me compraban un ordenador, lo exprimía hasta sacarle todo el jugo y se me hacía pequeño enseguida. Necesitaba otro para seguir aprendiendo. Por aquel entonces yo tenía 14 años.

Cuando mi madre venía a vernos a España solía estar un mes, y aprovechaba para hacerse todas las revisiones médicas posibles. Fue en uno de esos viajes que le detectaron principio de elefantiasis. Según los doctores, seguramente había contraído esta enfermedad durante su viaje a Bata en el rescate a Pato, ya que suele contagiarse

a través de mosquitos que se encuentran en zonas selváticas. Los doctores le explicaron que la enfermedad iría de a poco, pero con los años se acentuaría y empezarían a endurecerse sus extremidades, principalmente las inferiores, y a hacerse cada vez más grandes, sin un pronóstico claro. Cuando Merche supo de ello, solamente lo compartió con su madre.

Esta situación sin duda marcaría de ahí en adelante la vida de Merche. En aquella ocasión estuvo algo más de un mes en Madrid, ya que las pruebas y exámenes tardaron más de la cuenta.

Nuestro vecino de al lado en Madrid era un teniente coronel del Ejército de Tierra. Cada vez que nos cruzábamos con él, tanto con mi abuela como con mi madre, el caballero me decía: “tienes que venir un día al cuartel para ver un desfile”. Dicho y hecho, un día en el ascensor, el teniente coronel le dijo a mi madre:

—Les invito a un desfile en su honor el viernes de la próxima semana. ¿Se animan?

La verdad es que fue una proposición totalmente fuera de lo habitual, y eso tal vez la ayudaría a desconectar de su estado emocional. Así que mi madre dijo:

—Claro que sí, ¿por qué no?

El viernes vino un coche oficial de color negro a buscarnos. Fuimos mi madre, el teniente coronel y yo acompañados por un chofer. El coche venía equipado con una radio Cobra, que permitía al conductor comunicarse con la base. Algo que descubrí y me fascinó totalmente. Empecé a preguntarle al chofer:

—¿Cómo funciona esta radio?

Y Alfonso, que así se llamaba, me explicó amablemente.

Al llegar al cuartel pudimos comprobar que lo dicho por nuestro amable vecino era cierto, y es que estuvimos a su lado en todo momento y el desfile parecía estar hecho en nuestro honor. De ahí entendí que fue una estrategia del caballero para sorprender a mi madre.

Después de ese día me empezó el interés por ser radioaficionado, así que gracias a él, mi madre me compró también una radio Cobra de 27 megahercios. Era la excusa perfecta para pasar en casa y no en la calle como había ocurrido antes. Me pasaba el día haciendo juegos con mis ordenadores (Commodore VIC 20 y ZX Spectrum) y hablando por radioaficionado con personas principalmente de Madrid, aunque a veces de otros lugares. Rápidamente aprendí la jerga de radioaficionado, el código Q... Mi nick era Cisne Negro, ya que me encantaban los cisnes que había en una de las lagunas del parque del Retiro en Madrid, además por una película antigua que me gustaba mucho, una de piratas. Mi mejor amigo, o al menos el más cercano a mi casa, era Cuervo Loco, un joven de unos 22 años, que siempre iba con una chupa tejana de AC/DC. A veces hacíamos verticales, o reuniones de radioaficionados entre los que vivíamos más cerca. Eran muy entretenidas. Lo más divertido fue cuando le presenté un día a mi abuela a Cuervo Loco. No me dijo nada, pero sé con certeza que se asustó de que

esas fueran mis amistades, aunque se tratara de un joven totalmente inofensivo.

Me inscribieron en un colegio ubicado en la misma calle Ibiza. El colegio tenía una puerta principal que daba acceso a un pasillo desde donde se podía acceder a cuatro clases, dos a cada lado del pasillo y, al fondo, se encontraba el despacho del director. O sea, un colegio de barrio no muy bueno que digamos, pero ahí hice un buen amigo: Mimi. Con él dábamos grandes paseos por la ciudad. Ahora ese colegio es un restaurante y Mimi ya no contesta al gritar su nombre en la calle del pasaje donde vivía.

Durante nuestra estancia en Madrid, me mimeticé con la ciudad. Sí, esta era más señorial, cambié bastante mi forma de vestir. Me compré hasta un sombrero clásico con el que me encantaba salir a pasear por el centro. También empecé a correr y a hacer ejercicio, iba principalmente por El Retiro, aunque con una vuelta tenía más que suficiente.

Mientras tanto, a mi madre le iba el negocio viento en popa y en uno de los viajes quiso darse un placer. Nos fuimos juntos a un crucero por el Nilo durante dos semanas. Fue verdaderamente increíble la vivencia.

Llegamos primero a El Cairo, una ciudad que desde un primer instante se ve totalmente caótica. Una enorme cantidad de coches, en todas direcciones, sin respeto alguno por el transeúnte. El hotel era increíble. La primera noche, llegamos a la habitación y pudimos vislumbrar la silueta de las pirámides desde el balcón, gracias a que había una gran luna llena.

Al día siguiente fuimos de visita a las mismísimas pirámides, que te hacen reflexionar sobre cómo es posible haber realizado semejante construcción con los conocidos recursos de la época. Visitamos también el maravilloso museo de El Cairo y al día siguiente tomamos rumbo al sur.

El viaje transcurría en un barco especialmente preparado para navegar a través del río Nilo, desde donde podía

divisarse un bellissimo paisaje. Era impresionante ver la vegetación y vida alrededor del río. El barco-hotel era fantástico, tanto el camarote como la parte superior, donde podías estar tomando un té con leche y disfrutar del paisaje.

En una de nuestras visitas a alguna de las tumbas aledañas, íbamos en un barco velero típico del Nilo, y a mi atrevida madre no se le ocurrió otra cosa que quitarse la ropa, quedándose en ropa interior y tirarse al agua, mientras el barco seguía su camino. Aparte de la vergüenza ajena que pasé y el susto, después el joven que nos llevaba nos contó que el agua del Nilo estaba sumamente contaminada. Por supuesto, esto no amedrentó en absoluto a mi madre. Ella consiguió su objetivo: bañarse en el Nilo.

En ese viaje tuve mucho tiempo de pensar. Me preguntaba cómo era posible que en aquella época se pudieran desarrollar semejantes construcciones, las tumbas, las increíbles pirámides. En el crucero viajaban con nosotros varios profesores de historia y con ellos

conversábamos largo y tendido sobre muy interesantes temas. Recuerdo que les planteé una idea que me había surgido hacía un tiempo relacionada con la carga de objetos grandes a través del movimiento de transportadores mediante el uso de imanes. Les comentaba, “imagínense una especie de vagón de tren que tenga una especie de ruedas cuadradas con energía polarizada positivamente y unos rieles que cambiaran su polarización de negativa (se atraían) a positiva (se repelían), de forma que pudiese ir empujando de alguna forma el vagón”. Pues bien, esa idea se hizo realidad a los pocos años. Se trataba de un tren como los existentes hoy en Japón o en otras partes del mundo. Mi planteamiento en ese momento se basaba precisamente en qué posibilidades existirían de que en aquella época los egipcios conocieran y controlasen estas leyes de la física.

Después del atardecer, el viaje continuaba por el Nilo y desde la cubierta del barco se vivían impactantes noches estrelladas, desde donde se divisaba perfectamente la Vía Láctea y todo tipo de estrellas, planetas e incluso satélites

que revoloteaban sobre nuestras cabezas a cientos de kilómetros.

El viaje fue fantástico e hicimos buenas amistades, incluso con algunas nos seguimos viendo después con el tiempo.

Ya de vuelta y después de poco más de un año en Madrid, mi abuela sentía que teníamos que regresar a Barcelona, ya que mientras mi madre seguía en Guinea con el negocio funcionando viento en popa, el resto de la familia se encontraba en la ciudad Condal y nosotros estábamos básicamente solos.

Regreso a Barcelona

De vuelta a Barcelona, tuve que aprender catalán. A principio de los setenta solo se hablaba en la intimidad familiar, no se impartía como asignatura en las escuelas, por lo que debí adaptarme de nuevo a mi ciudad natal, que aunque la conocía, había cambiado bastante en esos pocos años.

Nos instalamos en un piso cercano al lugar donde me había criado, ya que en él seguía viviendo mi tía Maricarmen con su pareja Marcial y su recién nacida hija Palmira. Nos trasladamos al Pasaje Gomis.

Me inscribí en un colegio cercano a casa, se llamaba Peñalver. Debido a que residí en muy poco tiempo en tres ciudades distintas y a que en ninguno de estos lugares pude terminar un curso adecuadamente, en Peñalver me

matricularon en octavo de la antigua Enseñanza General Básica.

Al principio me costó, muchas de las clases se impartían en catalán. Era extraño caminar por la ciudad y ver los carteles en otro idioma y me di cuenta de que se había llenado de perruquerías. Al principio pensé que eran peluquerías para perros, pero luego aprendí que así se dice peluquería en catalán. Con el tiempo aprendí a hablar y escribir perfectamente el idioma y volví a ser un catalán más.

Fue en Barcelona donde mi cabeza hizo un clic. A mis catorce años, y como buen hijo único, seguía jugando con mis coches, aviones y muñequitos. Pero aquel día fue diferente, programaba un juego en el ordenador Spectrum. De repente, tuve un pensamiento: *¿Qué quiero hacer en mi vida, seguir jugando o aprender a utilizar bien este ordenador y ser un experto programador para crear cosas útiles para los demás?* Pues bien, la decisión fue fácil y me dejé llevar por lo que verdaderamente me apasionaba: aprender a programar.

En una visita de mi madre, le comenté de mi propósito, me dijo que por qué no regalaba todos mis juguetes, y así lo hice. Un día fuimos ambos al hospital San Juan de Dios de Barcelona, donde hay muchos niños hospitalizados, con mis juguetes en varias cajas a entregarlos. Fue un momento bien emotivo.

En otro viaje de mi madre aprovechamos y nos tomamos dos semanas de vacaciones para ir a conocer Suiza. Esta vez fuimos los tres con mi abuela. Recorrimos los cantones y fue una nueva oportunidad para disfrutar juntos. Fue un viaje fantástico. Ahí aproveché para practicar algo mi inglés y aprendí también algunas frases necesarias para sobrevivir en el país, como por ejemplo: *butter bitte* o, lo que es lo mismo, “mantequilla, por favor”.

Ya en Barcelona, yo continuaba yendo al Corte Inglés a ver lo nuevo en ordenadores. Esta vez llegó algo verdaderamente novedoso. Se trataba de un ordenador llamado Exelvision, que tenía como novedad que podía

hablar con un sistema de voz bastante avanzado y que además podía conectarse a sistemas de redes (antes de Internet) como Prestel en Inglaterra, Tèletel en Francia e Ibertex en España. Así que después de insistir un poco, mi madre me compró un Exelvision. Para conectarme a Ibertex había que vincular el ordenador a la línea telefónica y marcar un número fijo. Una vez hecho el enlace, podía conectarme a diversos servicios, como mensajería entre usuarios, reserva de vuelos y hasta hacer compras en el supermercado del Corte Inglés.

El ordenador era genial y venía también con un sistema para crear música, pero un día me di cuenta que podía hacer más cosas y empecé también a conectarme a las redes francesa e inglesa. Para ello, establecía llamadas internacionales, algo que yo pensaba que no sería tan caro. Sin embargo, un mes llegó una cuenta de unas 75.000 pesetas (unos 450 euros). Mi abuela llamó a mi tío Miguel para que me regañara, y así lo hizo, y aunque ya nunca llegó una cuenta tan alta yo aún quería aprender más.

Un día paseando por la sección de tecnología del Corte Inglés, me conecté a un ordenador Exelvision que había de muestra, y logré anotarme la contraseña de conexión que podía obtenerse desde uno de los menús del sistema, y sí, me la anoté en la mano. Cuando llegué a casa, la introduje en mi ordenador y al conectarme era como si yo fuera el mismísimo Corte Inglés, con acceso ilimitado a la información. Incluso podía haber realizado compras sin coste, algo que nunca hice, solamente estaba jugando y aprendiendo algunas técnicas de *hacking* que con el tiempo me servirían.

Por aquel entonces, compaginaba mi pasión por la informática con algo que nunca estuvo en mis pensamientos. A mi abuela le encantaba el cine y muchas veces iba sola. Un día llegó a casa fascinada de ver una película. Se trataba de *Beat Street*, una de las primeras películas que mostraban a jóvenes bailando *breakdance*, algo totalmente desconocido en España. Me recomendó verla y, al igual que ella, salí fascinado, me gustó tanto que fui varias veces a verla.

Un día andaba por la calle Pelayo de Barcelona y bajé las escaleras para meterme en el metro de Plaza Catalunya. Cuál fue mi sorpresa cuando me encontré a dos chicos con un radio cassette en el suelo y bailando *break*, como en la película. Me quedé maravillado observando cómo se movían y cómo imitaban perfectamente los movimientos que había visto anteriormente en la película, así que no pude evitar romper mi timidez y acercarme para preguntarles cómo habían aprendido. Me dijeron: “esto no se aprende, el *break* se vive, iy se vive en la calle!”. Les pregunté cuándo se iban a juntar de nuevo, porque yo quería vivir el *break* igual que ellos, pese a ser muy mal bailarín.

Quedamos para la semana siguiente y fue en la plaza subterránea del metro Universidad de Barcelona. Un lugar donde el piso era resbaladizo, lo mejor para aprender a hacer movimientos en el suelo. Desde aquel día empecé a practicar. Al igual que yo, muchos jóvenes que pasaban y nos veían bailar en la calle se iban sumando. Una semana éramos diez personas, a la siguiente veinte y llegamos a ser cientos creando equipos

y coreografías increíbles. No se rían, pero llegué a bailar muy bien, por aquel entonces parecía una goma, así que me llamaban *electrogoma*, ¡ja, ja! Ahora que lo pienso, me muero de la risa, pero fue al menos un año intenso de ir a discotecas y bailar en la calle con cientos de amigos y jóvenes con los que compartíamos una pasión.

Un aspecto positivo de aquella fusión es que el entusiasmo por el baile era totalmente transversal y se juntaban jóvenes de todo tipo de estatus social que convivíamos en paz y armonía.

Uno de mis mejores amigos en clase era José Maruenda. Vivía cerca de casa y con él fue la persona con la que empezamos por las tardes a ir a bailar a discoteques. Al final me distancié de él, ya que tenía otra forma de entender la diversión. Pero fue un buen amigo durante un tiempo.

Durante esa época, también practiqué artes marciales: taijutsu y kung-fu, así que pueden imaginarme bien ocupado. Lo cierto es que paraba poco en casa y, como

vivía con mi abuela y yo era su niño mimado, me dejaba hacer y ser. Conversaba poco con ella, pero siempre estaba ahí y se interesaba sobre cómo me iba, preocupada siempre que comiese bien y que no me faltase de nada. Una de las cosas que siempre recuerdo de ella, y que desde pequeño hacía, era dejarme un vaso de agua tapado con un pañuelo para evitar que se llenase de polvo. Así que puedo decir que siempre tomé agua libre de polvo.

En ese momento me cambié por voluntad propia a uno de los centros técnicos con peor reputación de Barcelona: Patronato Ribas, que quedaba relativamente cerca de casa. En él nos mezclábamos jóvenes de todo tipo de clase social. A veces era tanta la diferencia, que los mismos compañeros robaban navaja en mano a otros compañeros de clase. Las peleas eran habituales, y el comportamiento en clase era sumamente conflictivo.

Un domingo, en Plaza Universidad, después de haber pasado la mañana ensayando movimientos de *break* junto a mis colegas, apareció un chico que siempre había sido problemático. Aquel día se veía bien alterado,

después me enteré de que iba drogado, y resultó que le quitó las zapatillas de deporte a uno de los chicos que bailaba conmigo. Yo me acerqué y le dije que mejor le devolviera las *bambas* y que tan amigos como siempre. Pero empezó a molestarse y a decirme que no me metiera. En un descuido suyo, me abalancé, le quité las zapatillas y se las devolví a su dueño. Nunca me imaginé que el otro me daría un puñetazo en el ojo. Me noqueó de forma inmediata porque llevaba un anillo gigante. No terminó ahí. La verdad es que me dejó bastante malherido, y aunque intentaban separarlo de mí para que no me pegase, él seguía y seguía. Fue la primera y última vez que me vi involucrado en una pelea de verdad, y solo puedo decir que fue terrible. No paró de pegarme hasta que se cansó.

Me dejó tan mal, que no me veía con fuerzas de ir a casa y que mi abuela me viera en esas condiciones, así que pasé el día fuera y llegué por la noche con la cara destrozada y gafas de sol. Mi abuela, como siempre, se preocupó y me hizo una cura, pero no me dijo nada.

La verdad es que no hizo falta, poco a poco empecé a dejar de ir a Plaza Universidad. Ahí también me di cuenta de que lo que había aprendido en artes marciales no me había servido de mucho, aunque al menos ese aprendizaje permitió minimizar el resultado de la pelea, ya que al menos pude esquivar y bloquear algunos golpes, pero la ira y la furia nunca salió de mí. Así que también dejé las artes marciales. Mi abuela empezaba a dormir más tranquila.

Dudando de mi futuro, no estaba seguro de qué quería estudiar. Pensé que como ya sabía programar en varios lenguajes y conocía sobre ordenadores y *hardware*, tal vez podría complementar el conocimiento estudiando algo relacionado. Me decidí por la electrónica.

—Mamá, ya sé qué estudiar —le dije a mi madre.

—¿Y qué es lo que te gustaría, en qué has pensado?— me dijo ella.

—Como ya conozco de informática y creo que puedo seguir siendo autodidacta, me gustaría estudiar electrónica.

En ese momento, le cambió la cara a mi madre. Mi abuela se levantó y salió de la habitación murmurando algo inentendible. Mi madre hizo una pausa, respiró profundo y dijo con voz de resignación:

—Como tu padre. Tu padre era electrónico de profesión.

Era la primera vez en muchos años que mi madre lo mencionaba, yo no tenía ni idea de su nombre completo. Sabía que se llamaba Manel López, pero no conocía su segundo apellido. La verdad es que yo tampoco preguntaba mucho, así que al menos pude descubrir que era electrónico de profesión y que yo justamente pensaba ir por ese mismo camino.

Al año siguiente, me cambié al centro de formación técnica Centro Politécnico Villar, en el que estudié formación técnica en electrónica. Sin embargo, al mismo

tiempo, empecé a obsesionarme con los aviones, pensando que tal vez lo que quería era ser piloto de aviación, algo que no transparenté en una primera instancia a nadie en la familia y que tampoco sabía que era algo presente en mis genes.

Curro y las niñas

En 1984, Merche continuaba con la tienda La Condal a toda potencia. El negocio iba mejor que nunca pero se encontraba algo sola, a pesar de lo sociable que era, echaba de menos a su madre y a mí, pero también tener a alguien con quien compartir.

Un día recibió una llamada telefónica. Se trataba de José, un amigo que trabajaba en Page Ibérica, una empresa española de ingeniería que estaba desembarcando en Guinea.

—Hola, Merche, te llamo porque una de las personas que hemos contratado, y que llega el próximo fin de semana, no tiene dónde quedarse. Habíamos alquilado un piso cerca del taller, pero parece ser que el propietario ya lo alquiló a otra persona. Es un andaluz viudo y viene con sus dos hijos. Sé que tú tienes un pequeño piso que

alquilabas si no me equivoco, ¿cierto? ¿Por cuánto lo alquilarías?, aunque sea por unos pocos meses —dijo José.

—La verdad es que no me lo había planteado, pero si quieres conversemos hoy, que nos vamos a ver por la noche en el evento de la embajada, ¿te parece? —le respondió Merche.

Esa noche Merche cerró el alquiler por al menos tres meses del piso que daba a la terraza, ya que consideró que iba a ser algo temporal. Mandó a limpiarlo y dejarlo habitable de cara a la llegada de los nuevos inquilinos y quedó todo listo el mismo día. La verdad es que el piso no era muy grande, cabían tres personas, aunque algo apretadas.

Llegado el fin de semana, Merche estaba en la tienda atendiendo como siempre y entró José por la puerta acompañado por un hombre alto, con un cigarrillo en la mano, un bigote prominente y gafas de sol. Junto con él venían dos pequeños, vestidos con pantalón corto, camisa a cuadros y pelo cortito que quedaron fuera de la tienda junto con el chofer del Land Rover en el que llegaron desde el aeropuerto.

—Merche, te presento a Curro; Curro, ella es Merche — dijo José.

—Hola, Merche, mucho gusto. Gracias por hacernos este favor de último minuto. La verdad es que hemos tenido un viaje largo y estamos algo cansados —dijo Curro.

Merche le saludó de dos besos y le dijo:

—No es problema, casi mejor que subas con tus hijos, te acomodes en el piso y así puedas descansar. Ya habrá tiempo de conversar. Lo que necesites, no dudes en comentármelo —agregó.

—Son mis hijas, Macarena y María. Espera, Maca, María, ¡venid que os presento a Merche! —dijo Curro con acento marcadamente andaluz y ante la sorpresa de Merche, ya que José le había dicho que eran dos niños, algo que desde un principio a Merche le había hecho gracia, pero ¿niñas? Merche no sabía nada sobre niñas. Además, por su aspecto, iban vestidas como dos niños, solo a medida que fueron acercándose ella vislumbró que efectivamente eran dos niñas.

Macarena tendría unos nueve años y María solo siete. Se las veía agotadas, ya que viajaron primero desde Huelva a Madrid, y de ahí hicieron una escala hacia Malabo, y sí, iban vestidas como dos niños. Así que Merche les dijo:

—Hola, espero que hayáis tenido un buen viaje, ahora es momento de subir y recuperarse, así que no os preocupéis que os muestro el piso.

Merche dejó la tienda en las buenas manos de Domingo, su mano derecha y de confianza que le acompañaba en todo lo que ella necesitara, y subió a acompañar a sus nuevos inquilinos al piso. Les mostró el pequeño espacio y dejó que se instalaran tranquilos.

Curro recién había enviudado y decidió dar un giro a su vida haciendo un gran cambio, y eso le llevó a ir con sus hijas a Guinea.

Merche y Curro congeniaron enseguida. Curro era un hombre muy culto y sociable, en realidad se llamaba Francisco Romero, pero todos lo conocían como Curro, y

era una persona de una gran simpatía, así que ambos conversaban largo y tendido sobre el trabajo, el día a día y también de la vida.

Aprovechaban los fines de semana para salir todos juntos, ir a alguna de las playas y pasar el día al sol, o en la montaña, viajando hacia Moca, en la parte más alta de la isla.

Tanto Macarena como María descubrieron un mundo nuevo con Merche, a veces solo se pasaban horas admirándola mientras ella se acicalaba o vestía para salir a alguna fiesta o evento en la ciudad. Observaban cada movimiento, cada palabra que salía de su boca, ya que Merche era conocida y querida allá donde fuera. Las niñas aprendían rápidamente sus modales y formas de ser. Fue su modelo a seguir.



Mi madre en cuclillas. Al fondo, Curro y Macarena. María abajo.

Con ella conocieron la libertad, la alegría por el amor propio, las rancheras, los bailes a destiempo y la virtud del saber estar. Merche tenía un estilo único con el que conseguía ser el centro de atención sin saber bien cómo.

Al tiempo, Merche viajó a Barcelona en uno de esos viajes para hacerse las revisiones pertinentes. Fue con Curro aunque sin las niñas, que se habían quedado en Malabo con mi tío Miguel y su mujer. La verdad es que fue una

escapada romántica, en la que pudieron conocerse mejor. Fue la primera vez que mamá en vez de quedarse en casa con nosotros se hospedaría en un hotel. Llegaron en taxi directo del aeropuerto al hotel Regina, en pleno centro de Barcelona. Dejaron las maletas a unos pocos metros de la puerta, en el interior del hall del hotel, se acercaron a recepción y preguntaron por su reserva. El recepcionista del hotel se sorprendió al ver el nombre de Francisco en su pasaporte.

—¿Curro Romero, el torero? —y sí, es que era muy común que a Curro lo confundieran con el famoso torero Curro Romero y siempre tenía que aclarar que no, que no era él, y en ocasiones no le creían y de repente se aparecían periodistas y paparazzis, hasta que se daban cuenta que efectivamente no era él.

Después de hacer el *check-in* en la recepción del hotel se giraron a buscar sus maletas y se dieron cuenta de que no estaban donde las habían dejado. Preguntaron al botones, quien dijo:

—Pues sí, estaban ahí hace un momento, pero ya no están, no sabía que eran de ustedes.

Así que sin maletas y solamente con la documentación y la billetera encima, por suerte pudieron comunicarse con Pilar, para comentarle que habían llegado bien a Barcelona, pero que iban a tener que comprar ropa y otras maletas.

Esa misma tarde quedamos para encontrarnos en el acceso del hotel e ir juntos a comprar lo que necesitarían para el resto de su estadía.

Fui en taxi con la abuela, y cuando llegamos nos anunciamos en recepción. A los pocos minutos apareció mi madre y Curro. Con mi madre nos fundimos en un gran abrazo y beso, y con Curro nos dimos dos besos. Él era muy alto y se veía bien corpulento. En lo primero que me fijé fue en sus saltones ojos verdes y su nariz aguileña. Para romper el hielo, el tema de conversación inicial fue el robo de las maletas.

—El que lo hizo fue muy hábil. Nadie lo vio ni se dio cuenta y, cuando salimos a la calle para ver, no había ni un alma. La verdad es que se lo tragó la tierra. Lo increíble era lo pesadas de las maletas, no tuvo que ser fácil llevárselas —explicaba Curro mientras salíamos del hotel.

Aprovechamos para ir al restaurante de la azotea de la gran tienda, con vistas a la Plaza Catalunya. Curro no había estado antes en Barcelona, así que hacía muchas consultas sobre cómo era vivir en la ciudad Condal. La verdad es que me costaba mucho entablar conversación, así que dejé que mamá fuera la que liderase y Curro no se quedaba atrás, haciendo comentarios divertidos. Esa tarde aprovechamos para ir de compras al Corte Inglés, al menos para que tuviesen ropa suficiente para los próximos días.

Mamá en paralelo pudo revisar el estado de su enfermedad, la elefantiasis, que todavía no era notoria pero que debía controlarse, aparte de ponerse las vacunas para la fiebre amarilla y otras inyecciones necesarias.

Esos días salimos a cenar varias noches y pude ver a mi madre feliz junto a Curro, lo que me hacía a su vez estar feliz también, aunque por mi hermetismo o timidez, típico tal vez de la edad, no lo supe transmitir.

A mí me supo a poco, ya que además de que mamá no se quedó a dormir con nosotros en casa esos días, tampoco la pude ver lo que me hubiera gustado, ya que yo además tenía que ir a clases. Cuando finalizó la semana, fuimos a despedirnos con la abuela y nos encontramos nuevamente en el hotel. Iban a viajar a Madrid, allá se quedarían unos días más y de ahí se irían a Malabo de regreso. Aunque en ningún momento Merche nos dijo que estaba saliendo con Curro, era obvio para la abuela y para mí.

Cuando regresaron a Guinea de ese corto viaje, lo primero que les dijo Curro a Maca y María fue que a partir de ese momento se irían a vivir al piso con Merche, agregando como excusa culpable, que así ahorrarían en el alquiler. Y es que Merche y Curro estaban oficialmente saliendo.

Algo que supieron rápidamente amigos y compañeros en la isla, pero que en una primera instancia María y Macarena no entendieron.

Pasaron pocos meses y ya se había hecho obvio lo que nunca dijeron con palabras, y es que Curro y Merche eran pareja. Y llegó el momento de incorporarme en la ecuación. Así que Merche me llamó para decirme que iba a venir nuevamente para que tuviésemos unas vacaciones más extensas todos juntos. También me comentó que había hecho oficial lo de Curro y que junto con sus hijas iban a venir a Barcelona, para desde ahí recorrer en coche hasta Punta Umbría en Huelva, de donde era originario Curro.

Al cabo de unos días fui con mi abuela a recibirlos al aeropuerto. Ahí estaban, Curro con María y Macarena, los que iban a ser mi padre y mis hermanas. Era algo raro, ya que durante toda mi vida había sido hijo único, el foco de la vida de mi madre y de mi abuela, y eso cambió justo en ese instante.

Fueron dos días en Barcelona, y aprovechamos para ir al Zoo. María y Maca habían estado casi un año en Malabo y pasamos a ver en especial a Copito de Nieve, un gorila albino que precisamente había sido capturado en Bata, y que en ese momento era la gran atracción. Fue una ocasión perfecta para que las niñas y yo nos conociéramos mejor. Como era el local, les contaba sobre los lugares que visitábamos.

Merche en ese viaje nuevamente no se quedó en casa, sino que se hospedó en un hotel con Curro y las niñas.

La noche antes de salir hacia el sur, fuimos a cenar a un restaurante chino en Avenida Augusta, cerca de Plaza Molina. Lo pasamos genial, pedimos de todo. Fue tan así, que cuando creíamos que habíamos terminado y que iban a traer el postre, continuaron sumando más y más comida. Y es que nos excedimos con el pedido. ¿A quién no le ha pasado pedir en un restaurante chino pensando que era poca comida y después descubrir que casi te habías pedido la carta completa?

En esa cena pude conocer mejor a Curro, que era muy divertido, siempre contaba anécdotas entretenidas y Merche se reía mucho con él. Yo estaba feliz de ver a mi madre feliz, Macarena y María eran algo más tímidas, pero tuvimos la oportunidad de conversar largo y tendido y nos caímos muy bien.

Mi madre no era una persona introvertida ni muy seria, pero yo le notaba ese punto de seriedad por la soledad, hasta que encontró a Curro. Curro era un andaluz muy andaluz, desbordaba alegría, y esa alegría era algo que a ella le gustaba, se sentía protegida por este hombre fortachón.

Al día siguiente salíamos los cinco en el coche que Curro había alquilado, primero nos detendríamos en Valencia, seguirían Benidorm, Alicante, Torrevieja, Cartagena, Almería, Málaga, Marbella, Gibraltar, Cádiz, San Lucar de Barrameda, Sevilla, Huelva y Punta Umbría. Un viaje maravilloso de un mes que sirvió para conocernos.

Llevaba años sin apenas compartir con mi madre, ya que a pesar de que nos veíamos varias veces al año siempre sabía a poco y ese viaje fue una larga aventura donde conocimos lugares, personas y pudimos intimar más.

Recuerdo la noche que estuvimos en Torrevieja, donde pudimos entrar todos, inclusive Maca y María, en una discoteca, y donde pude ver por primera vez las sevillanas en vivo y en directo.

Descubrí que en el sur de España, en las discotecas, interrumpen la música disco, o la que pongan según la moda, para tocar sevillanas. Lo más bonito es que todos saben cómo bailarlas, así que buscan a sus parejas y se ponen a danzar al unísono la misma coreografía. En aquella ocasión, los hombres se pusieron en un lado y las mujeres en el otro y fue increíble ver y disfrutar las cuatro partes en las que se divide una sevillana, cada una con su peculiar coreografía.

Esa noche pude demostrar mis dotes, y es que nunca había salido con mi madre a bailar a una disco, así que

me puse a bailar *break*, y fue así como María y Macarena empezaron a alucinar conmigo.

—Uuuaaaaah, mira cómo baila.

Otro día fuimos a un poblado del oeste, en Almería, donde antiguamente se hacían películas de indios y vaqueros. Fue muy entretenido pasear los cinco por esas calles de tierra, vacías pero al mismo tiempo llenas de recuerdos de películas que habíamos visto.

Nunca había estado en el sur, mi madre tampoco, y ambos quedamos totalmente sorprendidos de los lugares que visitamos y que pudimos disfrutar.

Merche era la primera en ser una desconocedora total del sur, y a Maca le encantaba eso, ya que tenía la oportunidad de enseñarle lo mágico de sus gentes y sus tierras.

En Sevilla paseamos por sus calles estrechas de casas blancas, flores en sus terrazas y ventanas de colores verde

y azul, conocimos la Torre del Oro y, lo más importante, sus bares con su Cruz Campo, sus jamones y sus tapas con las que podías comer al precio de unas cervecitas, *pescái*to frito, chocos y chipirones típicos de la zona.

Curro siempre estaba pendiente de todo y de todos. Estando en el coche nos quiso mostrar cómo era el andaluz, y nos lo explicó con un simple ejemplo.

—Mira, ahora vamos a doblar a la izquierda, ¿veis los coches que tenemos delante? Pues solo el último tiene el intermitente que indica a la izquierda. Ahora mirad, nos ponemos detrás, con el intermitente indicando a la izquierda, ¿y qué hace el de delante?, pues apaga su intermitente. ¿Y qué hago yo cuando otro coche se pone detrás con el intermitente? Pues lo apago yo también. Así, solo se queda el último con el intermitente. ¿Para qué dejarlo puesto si el de detrás ya indica para dónde vamos a girar todos? Pues así es el andaluz, ahorramos y optimizamos los esfuerzos y energía a la mínima expresión, ¡ja, ja!

En Sevilla nos dio antojo de arroz tres delicias y chapsuí nuevamente, así que decidimos ir a un restaurante chino. Ahí estábamos los cinco de nuevo viendo qué comer. Yo era de los que sabía más sobre comida china, ya que en mi época de artes marciales frecuentaba restaurantes orientales, así que me preguntaban qué era cada plato para no volver a pedir de más y quedar satisfechos. Así fue como cuando la camarera vino a hacer el pedido, mi madre, María, Maca y Curro me miraron como diciendo: “te toca pedir a ti esta vez”. Yo estaba totalmente empoderado, así que empecé a hacer el pedido, cuando la camarera de repente dijo:

—También *tenemo un aló chino muy lico*.

La verdad es que no le entendí, así que le dije:

—Disculpa, ¿a qué te refieres con aló chino?

Todos me miraron estupefactos, pero ¿no era Daniel el que sabía más sobre comida china?, ¿cómo era posible que no supiera qué es aló chino? La camarera intentó por

diversas formas explicar qué era ese rico plato que estaba recomendando tanto, pero yo no lograba entenderla. En ese momento fue cuando Curro dijo:

—Dani, se refiere a arroz chino, que si quieres pedir arroz chino.

—¡Aaaah! —exclamé —arroz chino, sí, claro, ja, ja, ja.

Y todos se lanzaron a reír a carcajada limpia. A pesar de mi experiencia en comida china, lo que no logré entender fue a una china hablando con acento andaluz.

Muchas veces nos ocurría, y es que tanto a mí como a mi madre nos costaba entender el andaluz. Lo que sí teníamos claro era que por el mero hecho de hablar con ese maravilloso deje del sur, todo sonaba más alegre.

Seguimos el recorrido hasta Huelva, donde se encontraba la familia de Curro. Pasamos unos días con ellos para conocer a sus padres, ya de cierta edad, y a sus hermanos y sobrinos. Huelva en sí no es una ciudad muy agraciada que digamos, a diferencia de otras que habíamos visitado,

pero lo importante seguía siendo las personas, su encanto, simpatía y cercanía, era lo que más hacía la diferencia.

Curro tenía un piso en Punta Umbría, uno de los pueblos costeros de Huelva, en el que veraneaba la familia y que, a diferencia de la capital de la provincia, era un lugar maravilloso. Al aproximarse en coche, lo primero que lo diferencia es su acceso, una carretera rodeada de frondosos pinares no muy altos, que pintaban los alrededores de un verde que contrastaba con el azul del cielo y el suelo de arena blanca y dunas, hasta que aparecía de frente el azul intenso del mar Atlántico y una carretera que bordea esa playa de kilómetros y kilómetros de largo.

Muchas de las calles del pueblo eran de arena y la playa convergía con la desembocadura de un caudaloso río, que pertenecía a un afluente del río Odiel. Punta Umbría es un pueblo de pescadores en invierno y lugar de llegada de turistas nacionales durante su caluroso verano.

La casa de Curro estaba en Fragata, una céntrica calle del pueblo, y cuando llegamos se encontraba una de sus hermanas con su marido e hijas, que eran un par de años más grandes que yo. Su hermana nos tenía preparado un fresco gazpacho, perfecto para la ocasión. Nunca antes había tomado uno tan rico, y nunca más probé uno tan espectacular.

Como no cabíamos en la casa, nos fuimos a un piso que alquilaron Merche y Curro, justo en uno de los primeros edificios al llegar a Punta Umbría.

Los días se resumían en desayunos tardíos, playa, sol, comidas en chiringuitos, más playa y caminatas por las largas playas llenas de coquinas, más playa hasta altas horas de la tarde y, cuando ya atardecía, largos paseos por la calle grande, la principal arteria del pueblo donde todos salían a caminar cuando el viento suave de la tarde empezaba a refrescar el calor del día. Claras, o lo que es lo mismo, Cruzcampo heladita con Fanta limón, tapas y helado para cenar, discoteca y sevillanas y, al día siguiente, vuelta a empezar.

Así fueron consumiéndose los días, unas vacaciones muy relajadas donde pudimos compartir, divertirnos y, lo más importante, conocer a Curro, María y Macarena mucho mejor, y ellos también a mí.

Curro poco a poco se fue convirtiendo en una figura paterna, a pesar de que con mi actitud no lo supiera transmitir, principalmente por mi hermetismo, me costaba entablar conversación con él. Tenía como una pared. A veces sentía que tampoco le caía muy bien, seguramente porque yo no era un niño aplicado, él supo que durante meses no fui a clases y nunca me lo dijo, pero siempre me hablaba de libros y a mí no me interesaba. Nunca encajamos del todo, aunque nos llevábamos bien. A mi madre eso no le importaba mucho, ella estaba bien con él y si a mí no me gustaba o si él no estaba bien conmigo no era su problema, ella hacía su vida.

Por el contrario, desde que nos vimos con María y Macarena ya las consideré unas hermanas, a veces me refería a ellas como mis hermanastras, y otras como mis

hermanas. Nuestra relación fue excelente desde un primer momento, aunque siempre breve.

El tiempo pasaba volando y, cuando ya estaba empezando a acostumbrarme a esa rutina, llegó el momento de regresar. Tuve que decir adiós a las playas, la Ría, las noches, la calle grande, las risas y sus gentes. Nos despedimos en Sevilla, desde donde yo salía hacia Barcelona y ellos hacia Madrid y después de regreso a Malabo. No fue fácil, ellos regresaban juntos y yo iría de vuelta a Barcelona sin saber bien cuándo volvería a estar con mi madre.

A Merche le rompía el corazón verme tan triste pero estaba convencida de que debía ser así. No me sentaba bien el clima de Guinea y, por mi bien, era mucho mejor que estuviésemos separados, a pesar de que ello le afectaba mucho. Llegado el momento, antes de embarcar me puse a llorar como un niño pequeño, no quería que eso terminase pero no había otra opción. Volveríamos a vernos en unos meses más.

Sentía la falta de mi madre. Ella a veces venía a Barcelona o donde yo estaba e intentaba pasar un tiempo largo conmigo y con mi abuela, y cuando regresaba, mis llantos eran descontrolados. Esa parte era dura, ese desarraigo, ese estar con ella hartos días a no estar con ella hasta no saber cuánto tiempo más.

Uno de esos viajes coincidió con Semana Santa, en pleno invierno en España, así que en vez de ir a la costa, fuimos a ver las procesiones en Huelva. Unas fiestas mágicas con saetas, cantos religiosos a la virgen, desde los balcones de las casas y fiesta, mucha fiesta. Las calles se llenaban de cera de las velas, lo que provocaba que las ruedas de los coches chirriaran como si estuviesen derrapando, pero en realidad iban a muy baja velocidad.

Volví y retomé mis estudios. Después del primer año en formación profesional en electrónica y ver que me interesaba tanto la aviación, le dije a mi madre.

—Mamá, quiero ser piloto de aviación.

Merche enmudeció. Y nuevamente con voz de resignación, señaló:

—Igual que tu abuelo. Tu abuelo, el padre de tu padre, era comandante del Ejército del Aire. Y tu padre trabajó como personal de mantenimiento electrónico en el Ejército también. Es increíble esto de los genes.

Nuevamente la conversación quedó ahí. Y no hice más preguntas, sabía que le molestaba hablar sobre ello. Pero mi madre era muy respetuosa con lo que yo quería hacer, así que tampoco hizo muchos más comentarios.

Pero si quería ser piloto, no me servía estudiar formación técnica en electrónica, sino que debía pasarme a BUP o secundaria, pensando en postular en un tiempo más a la Academia del Aire, pero como no me consideraba un buen estudiante, y después de mis experiencias en Guinea, Las Palmas de Gran Canaria y Madrid, pensé que lo ideal era cambiarme a un internado donde pudiese centrarme en los estudios, así que se lo comenté a mi abuela y a mi madre, que aunque no les gustó demasiado

la idea, tampoco me dijeron que no. Así que empecé a indagar por mi cuenta qué era lo que más me convenía.

Durante esos años, las visitas de Merche, Curro y las niñas se repetían al menos una vez al año, y solíamos viajar al sur para ir a ver a la familia de Curro. A veces venía Merche sola a Barcelona, para el seguimiento de su enfermedad que mantuvo durante mucho tiempo en secreto y, al mismo tiempo, para estar juntos, ver a su madre y el resto de la familia.

Mamá y su hermano Miguel se solían turnar cuando ella tenía que viajar a España, así que él viajaba a Malabo para mantener el negocio funcionando mientras ella estaba en la península. Habitualmente no se veían, ya que se cruzaban en sus viajes, pero algunas veces coincidían ambos en Guinea. Una vez él llegó a Malabo unos días antes que ella viajara a Barcelona con Curro, así que Merche y Miguel aprovecharon para conversar sobre el negocio, las compras que tenían que hacer y los artículos que iban a llegar en el próximo contenedor por barco.

En una cena donde estaban solo los tres, hablaron de los peligros de la isla, y Miguel le aconsejó a Merche que ahora que viajaba a Barcelona viera de hacerse un seguro de vida, para proteger a la abuela y a Dani en el caso que a ella le pasara algo. De la nada, Merche les dijo:

—Yo me moriré joven, y me moriré aquí en Malabo, me llevarán a hombros y me cantarán, y me enterrarán en la única ceiba que hay en el cementerio.

Curro y Miguel se miraron y por un momento guardaron silencio, Miguel sonrió y dijo:

—Tú me vas a enterrar a mí, así que no te preocupes tanto.

A los pies de una ceiba

En diciembre de 1986 me disponía a viajar a Malabo para encontrarme con mi madre, Curro y las niñas y pasar Navidad y fin de año en la isla. Antes de partir, mi abuela me dijo:

—Debes saber algo importante. Tu madre contrajo hace unos años una enfermedad que puede provocar que sus piernas y brazos se agranden y se pongan rígidos, así que cuando la veas puede ser que esté algo cambiada.

No supe qué decir en ese momento, así que simplemente asentí y exclamé:

—Seguro que va a estar bien.

Cuando llegué a Malabo, mi madre me fue a recoger al aeropuerto y, como siempre, nos fundimos en un largo

abrazo y besos, ya que hacía unos meses que no nos veíamos. En ese primer instante la miré buscando que alguna de sus piernas o brazos se vieran anormales, pero no noté nada extraño, así que respiré aliviado y no mencioné el asunto.

En el trayecto del aeropuerto a la ciudad, unos siete kilómetros, mi madre me comentaba que hacía un tiempo que extrañamente sucedían trágicos accidentes a extranjeros residentes de la isla. Me contó de un francés que saltó de un primer piso en llamas y al que se le cayó un pesado aparato de aire acondicionado encima, muriendo en el acto. Pasados quince días, un mecánico español estaba arreglando un camión en una calle con una leve pendiente. Se encontraba debajo del coche revisando la rótula de suspensión de la rueda y, a pesar de que estaba con el freno, el camión empezó a ceder, aplastándole la cabeza, también falleciendo en el acto. Y así fueron ocurriendo otros trágicos y atípicos casos, siempre con una diferencia de quince días entre uno y otro. Lo vi como algo anecdótico y, a pesar de lo extraño, no le di mayor importancia.

Cuando llegamos a casa nos recibieron María y Macarena, Curro todavía estaba trabajando. Las niñas lucían mayores que la última vez. Como nos veíamos cada seis meses, eso provocaba que pudiésemos darnos cuenta de los cambios, sobre todo en María, que cuando la conocí tendría siete años y ahora ya tendría diez.

Merche había adecuado mi antigua habitación, que ahora era de María y Maca, para que también durmiese con ellas durante las dos semanas que iba a estar.

Al rato llegó Curro y nos dimos un gran abrazo. Curro como siempre con su humor intentaba hacerme reír y que me sintiera cómodo y a gusto.

Merche bajó a la tienda para terminar algunos asuntos y Maca me comentó que esa noche íbamos a tener gente en casa, entre ellos, los Morán, una familia española que llevaba ya varios años en Malabo y con los que había compartido en mis visitas. A pesar del cansancio del viaje, preparamos la casa para los invitados. Merche y Curro se dispusieron para ser los mejores anfitriones y empezaron

a llegar los invitados, a diferencia de cuando tenía diez años, ahora ya con quince, podía quedarme hasta más tarde sin problemas.

Vinieron la mayoría de hijos de los amigos de mi madre y Curro, jóvenes adolescentes con los que compartíamos algo en común. Todos habíamos dejado nuestra tierra para vivir nuevas e increíbles experiencias en la isla. Existía una sensación que nos hacía sentirnos diferentes. Algunos originarios de Madrid, otros de Valencia, del País Vasco o de Barcelona. Todos felices de vivir en un lugar pleno de vida y nuevas sensaciones. Yo era el invitado en aquella ocasión y me dolía no poder compartir más y seguir viviendo esa vida.

Me encantó ver a mi madre nuevamente en acción, hablando con unos y con otros, fumando y disfrutando de entretenidas y largas conversaciones, bailando fragmentos de esas rancheras que tanto le gustaban.

Pasamos una velada muy grata, como siempre, y pude observar que algunas cosas no cambiaban, como las

cucarachas voladoras o las arañas peludas caminando por las paredes del pasillo de acceso a la casa, tampoco los rojos atardeceres que podían verse desde la ventana del tercer piso, donde se encontraba el departamento de Miguel.

Aproveché para conversar con mi madre sobre la abuela, sobre Barcelona, sobre los estudios, los amigos y las chicas. La verdad es que hasta el momento, a mis quince todavía no había tenido ninguna novia. Mi madre siempre mostraba interés en ese ámbito y resultaba una conversación que siempre intentaba evadir, cambiando de tema. La verdad es que yo era parco en palabras y daba la sensación de que era tímido, pero en realidad era que estaba en la edad del pavo.

Esa noche vinieron Rafael Salcedo y Joaquín Castro, dos de los capitanes españoles del Ejército del Aire con base en Malabo. Aún no gustándole la idea de que yo tuviese intenciones de ser piloto de aviación, Merche me los presentó y conversamos sobre la vida del piloto y sobre qué era preferible, sacarse la licencia de piloto de forma

privada o haciendo el ejército. En ese punto, Rafael tenía una opinión y Joaquín otra, pero ambas eran válidas para mis ganas de volar. Merche me miraba y veía esa cara en mí, con los ojos bien abiertos y la boca entreabierta, de aquel que desea algo con todo su ser. Aunque le dolía y no quería, eran más fuertes sus ganas de que yo hiciera aquello que verdaderamente quisiera. Había funcionado cuando me inicié en la informática. Ella sabía que si me proponía algo, lo haría con todas las ganas y toda la intensidad para convertirme en uno de los mejores.

Al día siguiente nos despertamos temprano pese a habernos acostado a las tres de la mañana. Preparamos los bocatas, guardamos las cervezas en la nevera portátil y fuimos toda la familia en dirección a la playa del kilómetro 32. Un lugar donde la marea mostraba al menos setecientos metros de playa de arena negra que antes estaba totalmente cubierta, lo que provocaba que muchos peces se hallasen sobre la arena mojada intentando sobrevivir. Cangrejos, moluscos, estrellas de mar y todo tipo de animales acuáticos quedaban

expuestos al tórrido sol que evaporaba la poca agua que quedaba sobre la superficie.

En la playa, mi madre se cambió y se quedó en bikini para tomar el sol. Y en ese momento fue cuando pude distinguir lo que más me temía. Pude ver que sus muslos estaban mucho más gruesos e inflados que en otras ocasiones. Cualquiera podría haber pensado que Merche había ganado unos kilitos de más, pero claramente esa hinchazón se debía a la enfermedad que había contraído, la elefantiasis. Así que le pregunté tímidamente.

—¿Cómo lo llevas? —mirando a sus piernas y después directo a sus ojos.

Ella me contestó:

—Pues bien, qué se le va a hacer. No quiero verme dentro de unos años. Prefiero que me maten antes de que esto avance y sufrir. No quiero que nunca nadie me vea sufriendo.

Hubo unos segundos de silencio incómodo y le cambié de tema.

La marea empezó a subir y, casi sin darnos cuenta, el mar ya había cubierto lo que antes había dejado al sol. Curro gritó:

—¡Se viene tormenta!

Y efectivamente a lo lejos se veían unas tupidas nubes negras y se divisaba un tornado que empezaba a tomar forma. Eso era muy normal. Tan normal, que nadie se inmutó y seguimos disfrutando de la playa y el cálido sol que atravesaba las grises nubes que tapaban el cielo.

El tornado pasó de largo, de izquierda a derecha en lo profundo del mar. Fue como verlo en una pantalla de cine. Merche pasó esos minutos sentada sobre la toalla verde y María, Maca, Curro y yo nos quedamos de pie, con la mirada perdida hacia el horizonte viendo ese espectáculo.

Las nubes negras cada vez se acercaban más e incluso refrescó un poco y se levantó una suave brisa antes de empezar a diluviar. No nos daba tiempo de resguardarnos, tampoco había lugar para protegernos, así que decidimos dejar las cosas al lado del tronco de una palmera tapado por las toallas y nos metimos en el mar hasta quedar solamente con la cabeza fuera del agua. La lluvia caía tan fuerte que era ensordecedor y, además, dolían las gotas de agua al caer sobre el cuerpo, así que era preferible estar sumergido en el agua de la orilla. El mar estaba en calma total, sin apenas oleaje, pero el agua de lluvia caía sin cesar, como si un diluvio universal estuviese partiendo. A los pocos minutos empezó a despejar, regresando los rayos de sol que evaporaban el agua al tocarla.

Ese día regresamos antes a casa, aunque la vuelta fue más compleja ya que el camino estaba totalmente enfangado y el Land Rover quedó varado en dos ocasiones, algo habitual, pero en aquella ocasión el diluvio había provocado que el camino estuviera en peores condiciones, así que si normalmente tardábamos cuarenta minutos en llegar, esta vez lo hicimos en dos horas.

Ya una vez en casa, nos duchamos y quedamos listos para tomar una cena livianita. Mientras Curro preparaba la comida, Merche dijo de la nada:

—Si algún día me muero, quiero que me entierren aquí, a los pies de una ceiba, yo pertenezco a aquí.

La escuchamos, pero nadie le dijo nada. Solo la miramos. María cambió de tema hablando de la celebración de fin de año.

—Todos hablaban de la fiesta que se está organizando. Será en el casino de Malabo y van a ir las personalidades de la isla, de Naciones Unidas, embajadores y sus familiares, militares y residentes extranjeros de diferentes países y nacionalidades, así que... ¡lo vamos a pasar pipa!
—dijo feliz.

Unos días antes de fin de año, José María y su mujer, amigos de mamá y de Curro, nos invitaron a pasar el día en su barco. Fue de lo más entretenido. Preparamos el

cooler con comida y bebida y fuimos a la playa, de ahí tomamos un Zodiac con la que nos desplazamos hasta el velero. No era muy grande, pero era la primera vez que iba a navegar en un velero de esas características. Curro había comprado una cámara Sony Video8 recientemente y pude jugar grabando como si de una película se tratara. Con el barco nos desplazamos de playa en playa y nos tirábamos al mar de cabeza desde la cubierta del barco, sin pensar demasiado si el agua podía estar infestada de tiburones o no. Fue un agrado poder notar la brisa del mar y desplazarnos con las velas desplegadas a gran velocidad. De repente, unos delfines nos acompañaron durante una parte del trayecto de regreso a la ciudad, jugando con la quilla del barco.

Cuando llegamos a casa, conecté la cámara al video cassette VHS que teníamos y pasé la grabación de nuestro día en el mar a una cinta para llevármela de recuerdo a Barcelona, aunque parece que la intensidad eléctrica no estaba estable, algo que era normal que pasara. Así que no iba a saber hasta llegar a casa si se había grabado correctamente.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*

Llegó el momento de despedir 1986. Nos acicalamos y fuimos a dar la bienvenida al nuevo año.

El lugar estaba lleno de amigos y buenos conocidos de la isla. Merche entró agarrada del brazo de Curro, Maca, María y yo entramos detrás saludando a todos. Era una fiesta muy glamorosa.

A mitad de la jornada, mientras estaba hablando con uno de los hijos de Morán, se me acercó el capitán Rafael Salcedo, al que se le conocía como *El Lobo*, con el que había hablado hacía unos días en casa y me dijo:

—¡Hombre, Daniel! ¿Sabes qué?, me gustó tu determinación y seguro que vas a conseguir todo lo que te propongas. Te quería comentar que el viernes, día 3, volamos en el aviocar de Malabo a Bata y regresamos con muy pocos pasajeros, por lo que si quieres, puedes venir

con nosotros, entrar a la cabina un rato y, si te atreves, pilotar el avión, ¿qué te parece?

Se me encendieron los ojos y, aunque intenté disimular mi entusiasmo, dije:

—Sí, ¡claro!, antes tengo que hablar con mi madre... ¡espera! —lo dejé ahí y fui corriendo a buscar a mi madre que estaba hablando con el embajador de Marruecos. Iba con su mejor vestido, uno de esos bien llamativos de color fucsia. Estaba realmente preciosa y era, sin duda, el centro de la fiesta.

—Mamá, necesito que vengas un momento.

Se despidió momentáneamente del embajador y fuimos a ver a Rafael. *Lobo*, como él prefería que le llamasen, le explicó que me había invitado y después de entender que el avión siempre iba a estar controlado por él, dijo:

—Claro, ningún problema. Ese día te puede llevar Curro al aeropuerto y te viene a buscar, ¿vale?

—¡Perfecto! Entonces, ¿a qué hora hay que estar?

—A las 9 de la mañana.

La fiesta fue genial y así terminamos de celebrar el 85 y dimos la bienvenida al 86, en familia. Esa noche terminamos todos los jóvenes y niños vagando por las calles de la ciudad de Malabo sin rumbo, de madrugada, hasta que amaneció y fuimos cada uno a su casa.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*

Al cabo de dos días, Curro me acompañó al aeropuerto para subirme al avión Hércules bimotor donde tenía que ir con el resto de tripulación a Bata. Era un avión militar de paracaidistas o de carga, con los asientos en los laterales de las paredes. Curro me acomodó en uno de los asientos, me puse el cinturón y se despidió de mí diciéndome:

—Bueno, por la tarde te paso a buscar, pásalo bien, nos vemos en un rato.

Pasados unos pocos minutos, mientras me encontraba sentado esperando antes de despegar con otros pasajeros más, Curro subió nuevamente al avión, se acercó y me dijo:

—Dani, *Lobo* me ha dicho que desgraciadamente, en el vuelo de Bata va a regresar mucha más gente de la prevista, entre ellas unas monjas españolas, así que cree que es mejor posponer tu "prueba de vuelo" para otra ocasión, ya que si viajas no podrás pilotarlo de vuelta.

Pensé: *¡Qué lástima!*, era mi oportunidad de probar cómo se sentía eso de pilotar un avión, pero claramente no era buena idea tomar un vuelo simplemente para ir y volver, por lo que me tuve que ir de vuelta con Curro a casa.

Por la tarde, ese mismo día, me encontraba mirando por la ventana y escuché un grito que venía de la tienda. Bajé corriendo y vi a mi madre llorando, descompuesta, con las manos tapándose la cara y frente a ella tres señores

con traje y corbata. Cuando aparecí, los tres hombres giraron su cabeza al unísono, como a cámara lenta y se quedaron boquiabiertos al verme. Lo que estaba ocurriendo es que vinieron para darle el pésame. Mi madre les repetía una y otra vez:

—Daniel no estaba en el avión, Daniel no estaba en el avión.

Resultó que en el viaje de regreso de Bata-Malabo, el avión tuvo una avería en un motor y después de diversas vueltas y al no poder aterrizar de nuevo, intentó amerizar sobre el mar, con tan mala suerte que el avión chocó contra un arrecife desintegrándose. Fallecieron en el acto los 22 pasajeros que iban en él, así como *Lobo* y Joaquín. En la primera lista oficial de fallecidos apareció mi nombre, ya que estaba anotado como pasajero. Fue una sensación extraña. Fue como volver a nacer, ya que me libré de una muerte segura.

Esto sucedió el 2 de enero de 1987, justo dos semanas después del accidente del francés que me había

comentado mi madre cuando llegué a la isla. Realmente empecé a tomar el peso de su palabra.

Merche estaba verdaderamente afectada, no solo por lo que hubiese podido pasarme sino también por el afecto que tenía a los pilotos y a otras personas que conocía que también iban en el vuelo. Todos en casa nos sentimos tristes y, en mi caso, no daba crédito de lo ocurrido. Si no hubiese sido por Curro, que regresó a buscarme y salir en el último minuto del avión, con toda seguridad ya no estaría aquí.

Regresaba a Barcelona justo dos semanas después del accidente y, visto que la predicción de mi madre era que cada dos semanas estaba ocurriendo un desastre, pensé que no era buena idea volver en esa fecha. Mi madre me dio dos posibilidades, ya que solamente había un vuelo semanal. Volverme una semana antes o una semana más tarde de lo previsto. Personalmente, y a mi pesar, prefería volver una semana antes, ya que de lo contrario perdería muchos días de clases.

Así que una semana antes de lo planificado me despedí de mi madre, Curro y las niñas, hasta la próxima. Eso sí, mi madre tenía un inquilino canadiense, que tenía un cassette de los Talking Heads: “The name of this band is Talking Heads”, el que le robé y escuché constantemente de regreso en Barcelona.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-**

Al cabo de unos días de mi llegada, fui de visita a casa de mi tía Pili, que vivía en la calle Aribau. Conversamos de todo lo que había sucedido en Guinea y a Pili se le ocurrió mostrarme fotos de cuando ella vivía en Malabo. Así que hicimos tarde de té y fotos, muchas fotos. Fotos en la que podía ver a mi madre jovencita, a la abuela Pilar, a mis tíos y, de repente, una imagen en la que aparecía mi madre vestida de novia, en una iglesia, acompañada de un señor vestido de militar y bastante mayor.

—Oye, esta foto, ¿es de cuando se casó mi madre? —le pregunté a Pili.

—¡Sí!, a que estaba guapa —dijo Pili.

—Pero ¿y quién es ese señor?, no se parece a mi abuelo — le consulté —ahí me contó que mi abuelo se encontraba de viaje fuera de la isla, así que el teniente coronel fue el encargado de llevarla al altar.

Buceando, apareció otra foto, esta vez una en donde estaban los novios.

—¿Él es mi padre? —le consulté temeroso.

—Sí, ¿no lo habías visto antes?, realmente me recuerdas mucho a él, sois igualitos —me dijo Pili sorprendida.

—No, no lo había visto nunca, es más, no sé bien ni cómo se llama, nunca le pregunté a mamá —le dije.

—Pues, se llama Manel López Sangenís, pero hace años que no sé nada de él.

Después de esa charla con Pili, me rondó la idea de buscar a mi padre y saber más sobre él y el resto de la

familia que seguro tenía en alguna parte del mundo. Esa misma noche se me ocurrió llamar a información telefónica y preguntar por algún número a nombre de mi padre, aprovechando que ya sabía su nombre completo.

Justo estaba experimentando en casa conectando una grabadora al teléfono, así que pensé que sería entretenido conectar la grabadora de cassette al teléfono para registrar las conversaciones que mantendría con las operadoras y así guardar el teléfono sin necesidad de anotarlo. Era algo más complejo que simplemente anotarlo, pero curiosamente se me ocurrió hacer ese experimento.

Después de llamar a varias operadoras sin obtener resultados, sonó el teléfono y descolgué... ¡cuál fue mi sorpresa!, quien llamaba era mamá desde Malabo.

Inmediatamente comencé a grabar la conversación sin que ella supiera.

—¡Hey, Daniel, hola! —dijo Merche.

—Ahora se oye bien —respondí.

—¿Qué tal, viejo? —así me llamaba cariñosamente, como decía Bugs Bunny.

—Bien —respondí algo parco.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Merche.

—No, ninguna —repliqué con voz de aburrimiento, como diciendo “aquí no pasa nada”.

—Ah, estupendo. ¿Qué tal el viaje? —preguntó interesándose Merche sobre mi regreso a Barcelona.

—Muy bien, muy divertido todo. Hicimos una pequeña fiesta allí. Me metí en la cabina del piloto —contesté.

—¿No me digas? —dijo Merche, dejando entrever que le interesaba mucho, cuando en realidad, era obvio que a ella no le entusiasmaba que siguiera con la idea de ser piloto.

—Te digo —respondí.

—¿Qué suerte, no? —replicó Merche.

—Pero casi todos nos metimos. Nos metimos de tres en tres —le comenté como si no hubiese sido algo exclusivo.

—No, pero ya es una suerte —señaló mamá.

—Sí —yo seguía parco en palabras.

—Claro, como iba el hijo del delegado de Iberia —dijo Merche, pensando que tal vez había sido un beneficio porque viajaba el hijo del delegado de Iberia en Malabo.

—No, eso se lo pedí yo al azafato —le repliqué, como diciendo “fui yo el que consiguió que todos pudiésemos pasar por la cabina del avión”.

—¡Ah!, se lo pediste tú, vaya hombre viejo, me alegro, je, je, je. Y ¿qué tal por ahí? ¿Qué tal el colegio? —dijo Merche.

—Bien, he ido pocas veces porque me enfermé de la barriga —le contesté.

—Normal, el cambio, suele ser los primeros días —dijo Merche.

La verdad es que después de unos días en la isla siempre había una adaptación del cuerpo y era de esperar que uno se enfermase por un motivo u otro.

—Sí, y entonces... —dije.

—Te tomaste las píldoras el domingo —me interrumpió Merche.

—Sí, entonces me dan dolores muy fuertes, de barriga... —dije.

—Claro, pero eso es lo mismo que a mí me ocurre. —
volvió a interrumpirme.

—Sí, pero yo me voy a casa, no me quedo en clase. —
respondí.

De ahí, hubo un breve silencio.

—Ah, te vas a casa, ja, ja, ja —dijo Merche riendo.

—Sí —repliqué.

—Bueno, eso es así —afirmó Merche.

—He ido dos mañanas solamente —le dije como
victimizándome.

—Bueno, pero dile a la abuela que no se asuste, que es
normal, que a mí también me ocurre —contestó Merche
pensando en la abuela, que era la que me tenía que
cuidar.

—Ya estoy bien, creo —le dije para que estuviese más
tranquila.

—Pero ¿te has tomado las pastillas? —interesándose
Merche, ya que sabía que cuando podía evitaba tomarme
las pastillas para el paludismo y otras que debía tomar
después de cada viaje a Guinea.

—Sí —le dije.

—Y el domingo otra vez, ¿eh? —insistió Merche.

—Sí —repliqué con voz de “cambiemos de tema ya”.

—En caso de que te pongas malo por lo que sea... llámame —dijo Merche preocupándose.

—Yaaa —le dije como queriendo terminar de una vez este asunto.

—Bueno, me llamas y me dices: “mira, estoy mal”, y yo te digo la dosis que tienes que tomar y ya está —continuó Merche.

—Sí, sí. Oye, una cosa en La Salle... —le dije, cambiando de tema.

—Espera un momento, ¡Domingo! (silencio). ¿Qué?, dime —dijo Merche interrumpiendo la conversa al ver a Domingo pasar frente a ella en la tienda, su ayudante más fiel durante años.

—Que La Salle no es internado —le dije yo.

Silencio.

—Ah, ¿no? —dijo Merche.

—No —le repliqué.

—Explicate. ¿Cómo es eso? —dijo Merche extrañada, ya que sabía que La Salle tenía un internado en Barcelona, y era un colegio que estaba cerca de casa.

—Pues no lo sé, ha dejado de ser internado. Antes lo era —respondí.

—Bueno, ¿y?, ¿y qué más? —me dijo ella, intentando también cambiar de tema.

—No mucho más —le dije yo continuando una conversa bien parca en palabras, pero al mismo tiempo, diferente. Todo ello mientras la conversación se grababa en el cassette conectado al teléfono.

—¿Han visto la película en casa? —dijo Merche refiriéndose a la grabación de nuestro día en el barco.

—Sí, pero se ve muy mal aquí —le dije yo.

—¿Se ve mal? —preguntó Merche decepcionada.

—Aquí, muy mal —respondí.

—Vaya, hombre, ¿qué pena, no? —dijo Merche.

—Se ve que aquel día había poca tensión eléctrica y la grabación no quedó nada bien, se ve muy mal —dije yo lamentando que cuando hice el traspaso del video del formato Video 8 a VHS la alimentación eléctrica de casa era por debajo de lo que debía ser.

—Qué pena, ¿no? Qué lástima. Bueno —dijo de nuevo Merche resignada.

—He estado llamando... —dije yo.

—Curro se ha ido a jugar tenis con las niñas —comentó Merche cortándome nuevamente.

—¿Tenis? —dije yo extrañado; no sabía que les gustase jugar tenis.

—Sí, un rato, con Santos —dijo Merche, refiriéndose a un compañero de trabajo de Curro.

—Ah —dije yo.

—Se ha ido con las niñas un rato también —comentó Merche.

—Pues he estado llamando a academias del aire en Madrid y nadie sabe si hay en Barcelona —dije cambiando radicalmente de tema y volviendo a mi monotema, el que tenía mi mente ocupada en ese momento.

—¿Y qué? Bueno, ya te ha dicho José María que te avisaría y te daría los nombres, ¿no? —dijo Merche refiriéndose a un amigo que se comprometió a informarse para ver cómo yo podría estudiar para ser piloto pero desde Barcelona.

—¿Tú has hablado con él? —le pregunté interesado.

—No, todavía no lo he visto. Quiere hacer otro crucero con el barco —dijo Merche—. Ya veremos, cualquier

domingo de estos que haga buen día. Je, je, je. ¡Ah! Te volveré a llamar cuando sepa algo del banco, ¿vale?

—Ok, ¿no tienes nada para Miguel todavía? —le consulté.

—No, nada todavía, no sé nada, pero cuando lo tenga os llamo —dijo Merche.

—Vale —repliqué.

—Te he llamado para saber cómo estabas. Como el otro día no pude hablar contigo —dijo Merche, algo que no era muy habitual, se notaba que me extrañaba y yo no ayudaba demasiado en mi parquedad.

—Mmm —dije.

—Eh, nada más. Bueno, vale. ¿Estás bien? —me preguntó nuevamente.

—Sí —afirmé.

—¿No te aburres? —me consultó interesándose.

—No —le dije nuevamente de forma parca.

—¿No? Je, je, je. Bueno, pues nada. Pues entonces hasta el sábado o el domingo. En cuanto sepa lo del banco os llamo —dijo Merche ya dando por concluida la conversación.

—Sí. Vale —le dije.

Silencio...

—Y qué, ¿me extrañas? —me dijo mamá, usando una expresión no habitual en ella.

—¿Qué? —le dije sorprendido.

—Que si me extrañas —me repitió.

—¿Cómo que si te extraño? —le repliqué nuevamente extrañado por la forma de preguntarme.

—Si me extrañas —insistió mamá.

—Si te añoro, será —le dije yo, como sabelotodo que tiene casi dieciséis años, en plena edad del pavo.

—Exactamente je, je, je. Es lo mismo, aquí lo dicen así. Que si me extrañas —me aclaró mamá.

—Hombre —le dije evitando contestar la pregunta, ya que me costaba mucho expresar mis sentimientos y más en la distancia y por teléfono.

—Cómo que hombre, te voy a dar una torta. Yo sé que sí pero como eres tan reservado no dices nada, mecachis —dijo ella resignada, sabiendo que no le iba a decir que la extrañaba.

—Bueno, aquí han hablado mucho sobre lo del avión —le dije retomando lo ocurrido con el aviocar hacía unos días en Guinea.

—Normal, es la primera vez que se cae un aviocar. Y eran veintitantas personas —dijo Merche.

—Aaay... (suspiré). Oye, ¿qué tal? —le dije yo como iniciando la conversa nuevamente.

—Bien, aquí como siempre. Normal —dijo mamá.

—Pues antes me llamaron... —dije yo.

—No hemos hecho gran cosa, no hemos ido a ningún sitio especial —me cortó Merche una vez más.

—Ya —le dije.

—Sí, María se puso con paludismo el día que te fuiste —comentó Merche.

—Pues qué bien —dije.

—Y el lunes ya estaba buena para ir al cole, así que se le pasó enseguida. ¡Aaah! Y ayer me caí de la moto, ja, ja, ja —continuó explicándome.

—¿Otra vez?! —dije yo extrañado, ya que hacía unos meses se había caído también.

—Sí, casi me tienen que enyesar la pierna, qué divertido, ja, ja, ja —dijo Merche quitándole importancia.

—¿Y ya andas bien? —le pregunté interesado.

—Sí, pero ayer andaba con la pierna como un balón de hinchada. Me dolió mucho por la noche, y estuve

andando con un bastón, pero esta mañana me he levantado y, oye, de caerme rayos X y de ponerme algo, nada, ya me he quitado hasta la venda. Vamos, se me ha quitado enseguida. Es que se me cayó la moto encima. Y me lastimé un poco el pie pero nada raro —explicó Merche.

—Mira que eres tú de tu pueblo, ¿eh? —le dije yo regañándola.

—Me tenías que haber visto con el bastón, una risa. Ja, ja, ja. No podía andar. En fin, nada una tontería. Pues eso. Oye, así que las películas se ven fatal. Qué pena, ¿no? —dijo Merche cambiando de tema.

—Sí, muy mal, no se ve casi —le contesté.

—Ay, pobre. Bueno, pues ya llevaré la original a Barcelona cuando viaje. Es una pena —contestó Merche.

—Aaaay... —suspiré.

—Ay, ¿qué? —dijo Merche.

—Nada, es que también estoy algo constipado —le comenté.

—Escuché que había nevado —me dijo mamá intentando hacer durar la conversa.

—Sí, pero aquí muy poco. Hace mucho frío, en el resto de España sí ha nevado mucho pero aquí casi nada —le conté en base a lo que había estado viendo en las noticias.

—Ya. Claro como es puerto de mar. Oye, bueno, pues nada, que a lo mejor me cortan. Hemos tenido suerte con la línea esta vez, pero a lo mejor me cortan. Bueno, ya te llamaré el sábado o el domingo otra vez. A ver si te encuentro —dijo Merche como terminando ya la llamada.

—El domingo voy a ver como jura bandera Carlos, el vecino —le dije.

—¿Vas a ir? Ah estupendo, muy bonito, te gustará. Bueno, estoy en la tienda, te tengo que dejar porque tengo gente, hay uno que me está esperando —me dijo mamá ya dando por terminada la llamada.

—Oye, una pregunta —le dije.

—Dime —dijo Merche intrigada.

—Ah, no, nada, ya está —le contesté, como arrepintiéndome de querer preguntarle algo.

—¿Cuál? —dijo Merche interesada.

—No, nada —le dije yo cortante.

—¿Cómo que nada? —Merche seguía intrigada.

—Hasta luego —le dije despidiéndome.

—¿No es nada?, bueno. Oye, el sábado o el domingo te llamaré por la tarde, ¿vale? —me dijo mamá.

—Bueno —le contesté.

—¿De acuerdo, viejo? —dijo ella.

—Sí, sí —yo queriendo terminar esa llamada.

—Cuídate ¡¿eh?! Te quiero mucho —me dijo mamá despidiéndose cariñosamente.

—Y yooo —le dije en tono bajo, con ganas de colgar.

—Adiós, bonito —dijo Merche y cortamos la llamada.

La conversación fue realmente atípica. Mucho más larga de lo habitual, ya que por el coste de las llamadas internacionales de aquel entonces nuestra comunicación siempre era del estilo telegrama. Para no perder el material grabado, comprobé que se hubiese guardado correctamente en la cinta de cassette.

Por un momento, al final de nuestra conversación, estuve tentado en decirle que estaba buscando a mi padre, pero me lo callé. La edad del pavo no me ayudó a contarle lo que tal vez en otro momento le hubiese dicho o quizás expresado de otra forma, como que la echaba mucho de

menos, que la quería, que la extrañaba, que me dolía a veces la distancia, que me gustaría estar con ella y compartir todos los días. Pero en ese momento no tenía las herramientas para hacerlo, no sabía comunicarme con ella, ni con casi nadie. Yo seguía en mi mundo en base a mis intereses, sin ser demasiado empático, sin saber expresar mis sentimientos.

Mientras tanto en Malabo, Merche recién había cortado el teléfono conmigo y estaba en la tienda atendiendo a su clientela habitual. A su lado se encontraba Trece, su fiel guardiana que la acompañaba a todas partes. Ya era hora de cerrar, así que con una leve cojera debido a la caída en moto, se desplazaba por la tienda ordenando y encargando a Domingo que la ayudara a mover algunos rollos de tela para dejarlos en su sitio.

Terminó la jornada como siempre, cerrando el negocio, contabilizando los billetes a gran velocidad, después los ordenaba, como si fuera cajera de un banco. El dinero ya no cabía en la antigua caja donde recaudaba lo ganado durante el día.

Se despidió del resto de empleados, volvió a fijarse que el almacén estuviese bien cerrado y pidió a Domingo que bajase las persianas metálicas que daban a la calle.

Salió junto a Domingo por la puerta lateral que daba al pasillo de acceso a la vivienda, ya estaba atardeciendo, así que se despidió de él y subió a casa. Dejó la bolsa con el dinero en una caja, abrió una lata de cerveza helada y la sirvió en un vaso. Subió por las escaleras hacia el piso de Miguel, que tenía una mejor vista. Desde ahí miró el oriente, desde donde se podía ver en días claros el monte Camerún, y los murciélagos de las palmeras. Disfrutó de ese instante y al rato llegaron María, Macarena y Curro.

Curro, la vio ahí, subida a la escalera apoyada en la baranda y subió a abrazarla, le dio un cariñoso beso y ambos se quedaron mirando esa escena como sacada de la película *Memorias de África*, mientras María y Maca entraron a la casa para dejar sus cosas, ya que venían de clases.



Mi madre con Curro

Cuando empezó a oscurecer, entraron al piso y planearon una cena ligera: una ensalada de atún. Limpiaron las hojas de lechuga, cortaron el tomate y abrieron unas latas de atún. Mientras María y Maca prepararon la mesa redonda del comedor, Curro abrió unas cervezas bien heladas de la nevera. Se sentaron y cenaron como todas las noches. Entablaron una agradable conversa y hablaron sobre lo que iban a hacer el fin de semana.

Serían como las 9 de la noche cuando Merche se levantó de la mesa, encendió un cigarrillo y se dirigió hacia su habitación. María vio desde el salón cómo se sentó sobre la cama y a los pocos segundos cayó desplomada. Se dio cuenta de que algo no estaba bien, y desde el salón le dijo:

—Merche, ¿estás bien?

Al no contestar, Macarena y María entraron al dormitorio y se encontraron con que Merche parecía desmayada, no respondía. Maca gritó:

—Papá, ¡iven!

Curro, que se encontraba recogiendo la mesa, preguntó:

—¿Qué pasa?

María le dijo en voz baja:

—Creo que Merche no se encuentra bien.

Curro se acercó a la habitación y se encontró a Merche sobre la cama boca arriba con los ojos cerrados, la mandíbula apretada y el cigarro en la mano, inmóvil. Le quitó el cigarrillo de la mano, se sentó a su lado y le acarició la espalda, pensando que podía estar muy cansada, pero sabía que algo no estaba bien. Merche no se movía, pero se notaba que respiraba de forma acelerada. Curro empezó a hablarle.

—Merche, Merche, ¿estás bien?, ¡Merche! —gritó, pero Merche no respondía. La acomodó en la cama delicadamente y la dejó recostada boca arriba con la cabeza en su almohada. Acercó su nariz a la boca de Merche y pudo comprobar que estaba respirando, pero no respondía, estaba con los ojos cerrados, como sumida en un profundo sueño con la boca bien apretada.

Le tocó la frente, no parecía estar con fiebre; levantó su mano derecha, pero se desplomó sobre la cama al soltarla. Claramente Merche no estaba bien. Curro decidió llamar a un amigo doctor, pero no contestó. Por la hora no había dónde llevarla, era mejor ir a buscar a

algún doctor que pudiese ayudar a entender qué le podía estar sucediendo. Llamó insistentemente a varios contactos pero ninguno de ellos respondió.

Mientras, María y Macarena, afectadas y asustadas, estaban sentadas en la cama, una a cada lado de Merche, haciéndole caricias y hablándole, dando por hecho que Merche las escuchaba pero no podía comunicarse con ellas.

Después de los intentos fallidos de Curro por contactar con algún médico amigo, decidió que lo mejor iba a ser salir a buscar ayuda. Le pidió a Maca que se encargase de estar junto a Merche, y que era mejor que María se fuera a su habitación.

—Voy a buscar ayuda y vuelvo enseguida —dijo Curro tomando las llaves del coche. Dio un beso a Merche en la frente y salió por la puerta corriendo.

Mientras, Maca estuvo al lado de Merche, tomando su mano, y pudo observar cómo ella balbuceaba, fruncía el

ceño pero no se movía, como si estuviese en una pesadilla.

Pasadas unas horas, Curro llegó con un doctor a casa y se encontraron a Macarena todavía a su lado con su mano tomada.

—No ha mejorado, sigue sumida en un profundo sueño — dijo Macarena.

El doctor se acercó, se sentó a su lado y le tomó el pulso. Consultó a Curro sobre qué había hecho Merche horas antes, preguntando también sobre qué había comido. Curro le explicó que habían cenado una ensalada de atún mientras el doctor seguía revisándola.

Como Merche estaba rígida en su cara y piernas, le inyectó un relajante muscular y, como vio que se encontraba estable, dijo que por la hora era mejor que pasara la noche así y que al día siguiente vieses cómo evolucionaba para llevarla a algún centro médico de ser necesario.

El doctor se despidió dejando a Curro y las niñas al cuidado de Merche. Los tres estaban desolados sin saber bien qué hacer. Curro acostó a Maca y María en su habitación y se recostó al lado de Merche, acariciándola y vigilando que estuviese bien. Le hablaba susurrándole al oído, diciéndole lo mucho que la quería y rememorando momentos juntos. Así pasaron gran parte de la noche.

Estaba amaneciendo y Curro cerró los ojos por un momento. A los pocos segundos despertó como de un largo sueño, con los ojos bien abiertos, muy lúcido mirando al techo; pensó por un momento que todo aquello que recordaba debió haber sido una pesadilla. Pudo escuchar el silencio ensordecedor interrumpido solamente por el canto de los pájaros. Pero Curro tenía la mano fría de Merche en su mano. Giró su cabeza, la miró y ella ya no estaba, se había ido.

Curro respiró hondo, no podía creerlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Intentó despertarla, hablándole fuerte, miró de tomarle el pulso, pero Merche no respondía. Las niñas seguían dormidas.

Se levantó y miró el cuerpo inerte de Merche, estuvo así por unos segundos. Tomó la sábana y tapó su rostro. Salió al salón y quedó petrificado sin saber qué hacer por unos minutos.

Una vez pudo tranquilizarse, tomó la decisión de que tenía que pensar con la cabeza más fría y llamó primero a José María y a su mujer, sus amigos con quienes habían compartido hacía unos días en el barco. Les contó lo sucedido y les pidió si podían venir para cuidar de María y Macarena.

Acto seguido, llamó por teléfono a Miguel, que se encontraba en Barcelona, para darle la noticia.

—Aló, ¿aló? —dijo Miguel.

Hubo un silencio de unos segundos y Curro dijo:

—Hola, Miguel. Ha ocurrido algo... —replicando con voz de ultratumba.

Miguel, al enterarse de lo sucedido, le dijo:

—Yo aviso al resto de la familia aquí en Barcelona, voy a ver si puedo salir en el vuelo de esta noche para Malabo y mañana temprano estoy allá.

Por último, hizo una tercera llamada localizando al doctor que había atendido a Merche la noche anterior y que llegó a los pocos minutos. En ese momento, el médico dictaminó que la causa de su muerte se debió con casi toda seguridad a la ingesta de atún en mal estado aunque Curro repetía que tanto las niñas como él habían comido el mismo atún, que era imposible. Pero así fue cómo el doctor escribió en el acta de defunción el motivo del fallecimiento: ingesta de atún en mal estado.

Esa tarde en Barcelona, cuando regresé del colegio a eso de la una y media de la tarde, estaban mis tíos en casa junto a mi abuela esperándome. A la abuela Pilar se le veía muy afectada, casi desvanecida y a mis tíos con rostros angustiados. Les pregunté qué hacían todos allí mientras caminaba lentamente por el largo pasillo hasta

el salón, y mi tío Miguel se encerró conmigo en mi habitación y fue cuando me lo dijo:

—Dani, no sé cómo decirte esto, pero tu madre falleció anoche —señaló compungido.

—Pero... no entiendo, si hablé con ella recién ayer por la noche —en ese momento el *shock* fue tremendo, no pude llorar, no entendía. *¿Cómo había sucedido? ¿Qué le ocurrió? ¡No puede ser!*

Mientras, Miguel comentaba que esa misma noche viajaría a Malabo, ya que coincidía que salía el vuelo semanal a la isla.

Todo esto ocurrió justo dos semanas después del trágico accidente del aviocar, el mismo día que me hubiese tocado regresar de Malabo a Barcelona, justo después de unas horas de haber mantenido una conversación con ella, que además había grabado en una cinta de cassette, con nuestra última conversación, que guardo hasta el día de hoy.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*

Ese viernes, la noticia se esparció rápidamente entre todos los habitantes de la ciudad de Malabo. El sábado iba a tener lugar el entierro y Miguel llegó a las 8 de la mañana. Toni fue a recogerlo al aeropuerto y lo llevó a La Condal.

Merche era conocida y querida por todos, y eso se demostró ese día, ya que llegó gente de todas partes, extranjeros y guineanos, para despedirse.

Miguel y Toni se encontraron un gran número de personas a las afueras de la casa, subieron juntos y buscaron primero a Curro y las niñas para darles un fuerte abrazo y después entraron a ver a Merche, que yacía en la cama.

Los amigos seguían subiendo, muchos se quedaban en la terraza donde se habían organizado tantas y tantas fiestas, conversando sobre Merche y sobre lo inesperado

de su partida. José María, con quien habían compartido un pequeño viaje en velero unos días antes, se ofreció para encargarse y organizar el rápido funeral que tendría esa misma mañana, solo unas pocas horas más tarde de su fallecimiento.

Curro y las niñas se encontraban desorientados, sin entender bien cómo pudo haber pasado. Había que vestirla y cambiarla antes de llevarla al cementerio, así que Curro y la mujer de José María, casi sin mediar palabra, escogieron la ropa y la desvistieron. En ese momento, Curro pudo notar un hematoma en la espalda de Merche, seguramente por su caída en moto de hacía dos días. Cuando Curro se percató, ató los cabos y entendió lo que había pasado. Cerró por un momento los ojos, agachó la cabeza y se quedó inmóvil durante unos segundos. Pasado un tiempo, respiró hondo y continuó vistiéndola.

Todo pasaba muy rápido, cada vez se agolpaba más y más gente en la calle. María y Macarena se encontraban acogidas por amigos que intentaban distraer su atención.

José María se acercó a Curro y le dijo:

—Ya llegó el féretro, es algo normalito.

Y Curro le contestó:

—No te preocupes.

Y Miguel, que estaba ahí mismo, les dijo:

—Ya es hora, todo está listo para ir al cementerio.

José María bajó y a los pocos minutos subió con cuatro amigos llevando el féretro vacío. Al subir por las escaleras, la gente alrededor enmudeció, se generó un silencio ensordecedor.

Los cuatro hombres entraron hasta el dormitorio donde ella yacía, dejaron el ataúd en el suelo, miraron a Curro y él mismo fue el que la tomó en brazos, la alzó, la miró y la dejó suavemente dentro. La miró por última vez. Suspiró

y no aguantó las lágrimas que brotaron en silencio, acompañando al mutismo del entorno.

José María dio instrucciones a los cuatro hombres para que tomasen el ataúd y bajaran hasta el pasillo que daba a la calle. Mientras ellos bajaban, el resto empezó a descender hasta la calle, dejando totalmente vacía la casa de La Condal.

En el pasillo, los cuatro hombres se pusieron el féretro al hombro y salieron hacia la calle. Curro con las niñas, Miguel y otros muchos amigos iban detrás.

Merche se consideraba atea, así que ya estaba dispuesto que nada de misas, nada de discursos; era un momento para que cada uno la recordara y la honrara a su manera.

Fuera estaba el coche donde la subirían y partieron lentamente el trayecto hacia el cementerio con toda la comitiva detrás de gente que quería despedirse de Merche.

A los pocos metros, un grupo de hombres detuvieron el coche que avanzaba por Avenida Libertad, uno de ellos dijo:

—Masa, vamos a llevarla al hombro.

Así que Miguel y Curro se miraron y asintieron con la cabeza. Dejaron el coche a un lado y fueron estos desconocidos que tomaron el ataúd nuevamente para llevarla a hombros, esta vez a pie.

Pero antes de empezar la caminata, Curro dijo:

—Esperad —y se acercó a uno de ellos tomando su lugar.

Miguel, José María y su mujer se pusieron junto a las niñas, que iban también acompañadas de los Morán.

Así salieron con ella, al hombro y caminando por la Avenida Libertad. Durante esos minutos ya se habían sumado cientos de personas, que de forma improvisada empezaron con cánticos locales en bubi y se acercaban y

tocaban el féretro. Ella era considerada una guineana más. La *Big Mama* le decían algunos.

Marcharon hacia el cementerio que estaba a unos dos kilómetros de distancia, a hombros y cantándole. En ese momento, Miguel y Curro se miraron, y aunque no mediaron palabra, se dieron cuenta de que se estaba cumpliendo lo que Merche les había dicho en una cena hacía un tiempo. Murió joven, y la llevaron al cementerio al hombro y cantándole.

María y Macarena al ver tanta gente caminaban muy emocionadas y tristes al mismo tiempo. Macarena miraba a un lado y a otro, y se fijaba en el rostro de las personas, que no estaban tristes, irradiaban paz y tranquilidad mientras cantaban y les acompañaban en el recorrido. Eso la reconfortó, tomó de la mano a María y así avanzaron con una extraña energía que les recorría el cuerpo, de emoción y de saber que Merche ya no estaría ahí para acompañarlas en el camino de la vida.

Continuaron avanzando y diferentes personas querían llevarla al hombro, así que fueron turnándose. Curro dejó su puesto para ir junto a María y Macarena. Él se puso en medio y aprovechó para abrazarlas y seguir caminando rodeados de todos los que la querían y respetaban.

Se acercaban al cementerio y José María se adelantó para ver el lugar al que se dirigían. El cementerio de Malabo es una especie de bosque junto a la ciudad, lleno de vegetación abundante y árboles milenarios. Todas las tumbas están ubicadas sin ningún tipo de orden ni jerarquía.

Cuál fue la sorpresa de José María cuando llegó al lugar que les habían asignado y donde ya habían hecho el nicho, este había sido ocupado por otro fallecido que acababa de ser sepultado ahí mismo. Mientras él discutía con el guarda del cementerio, que le aseguraba que esto no había sucedido nunca antes, toda la comitiva se iba acercando, los hombres y mujeres continuaban cantándole hasta que llegaron al lugar y dejaron por un momento el féretro en el suelo.

Así fue como el guarda del cementerio les dijo:

—Bueno, deberemos cavar otro nicho.

Caminó unos 25 metros buscando un espacio libre y cuando lo encontró dijo gritando:

—¡Deberá ser aquí!

Curro, que estaba pendiente de las niñas y los que le rodeaban, giró la cabeza y miró en dirección al guarda. Volvieron a tomar el féretro y se dirigieron hacia donde este se encontraba, el que ya había ordenado que empezasen a cavar un nuevo nicho.

Mientras se acercaban al nuevo lugar, Miguel, Curro y las niñas quedaron con la boca abierta: el nicho que estaban cavando estaba justamente en un claro del cementerio, en un lugar con un solo árbol, alto y de tronco ancho, de fuertes raíces y en una zona mucho más iluminada y más amplia, ese árbol era una ceiba, la única ceiba del

cementerio. Justo estaban haciendo el nicho debajo del árbol en que mi madre dijo que quería ser enterrada.

Mi madre, que amaba la isla de Bioko, sus tierras, su magia y a su gente, pasó finalmente a formar parte de ella. Y lo hizo, como predijo y como quería, a los pies de una ceiba.



Contactar con el autor:

[Sitio web](http://danielatik.com): danielatik.com

[Twitter](https://twitter.com/danielatik): twitter.com/danielatik

[Instagram](https://www.instagram.com/danielatik): instagram.com/danielatik

[Facebook](https://www.facebook.com/danielatik): facebook.com/danielatik

Correo electrónico:

daniel.atik@gmail.com

